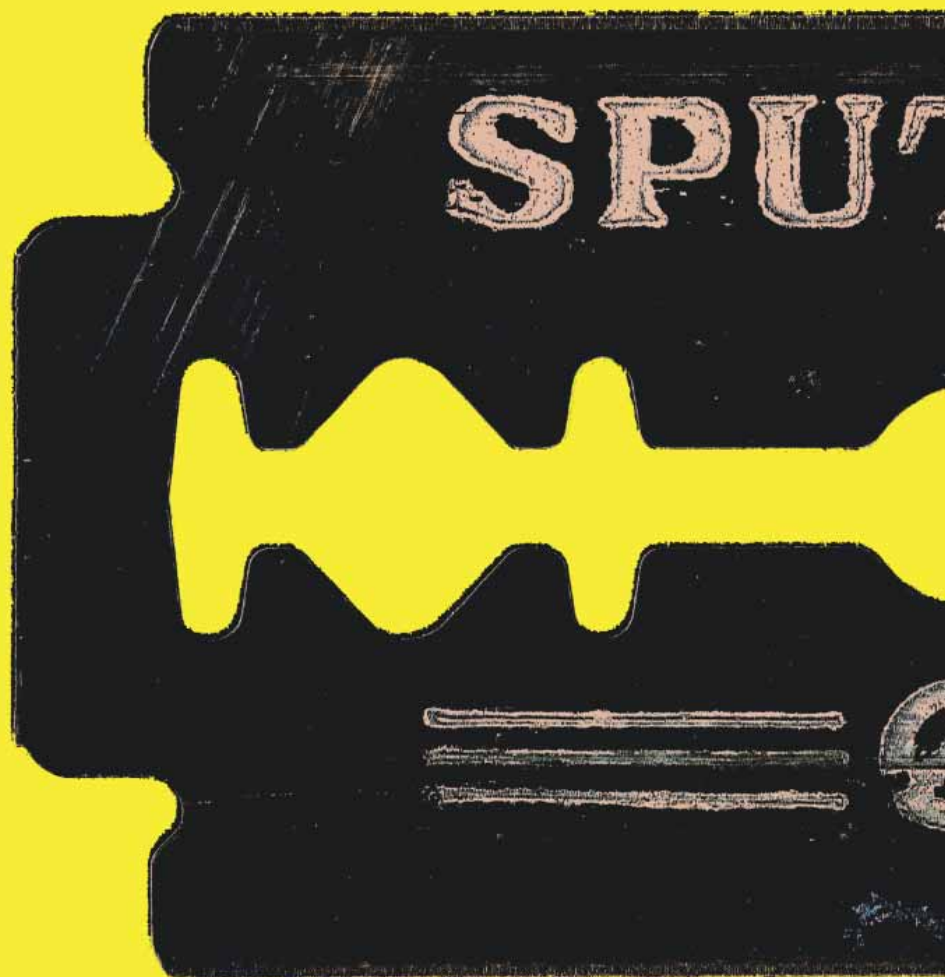


la moria



No. 17 SANTIAGO DE CUBA 2019

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar amatista encantados.

REGINO E. BOTI



la noria

Revista Literaria semestral no. 17
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Santiago de Cuba, 2019
Coauspiciada por la
Asociación Hermanos Saíz

José Ramón Sánchez (Edición)

Oscar Cruz (Edición)

Gabriel Cascante (Diseño)

Gustavo Wojciechowski (Logo)

Javier L. Mora (Corrección)

Consejo editorial:

Reina María Rodríguez

Reyna Gretchen Menéndez Rivas

Jamila Medina Ríos

Ángel Pérez

Encuadernación:

Equipo de Ediciones Santiago

Redacción:

Centro de Promoción Literaria “José Soler Puig”

Enramadas # 356 e/ Carnicería y San Félix

Santiago de Cuba

Teléfono: [53] (22) 62 5907

Correos electrónicos:

oscaroilan@gmail.com

marabuzalo3@gmail.com

ISSN: 2077-8422

Larry J. González	2
Pedro Marqués de Armas	10
Nanne Timmer	15
Gerard Fieret	18
Osdany Morales	21
Oscar Cruz	33
Pablo García Casado	36
Carlos Esquivel	38
Aleisa Ribalta	40
Reina María Rodríguez	43
Néstor Díaz de Villegas	47
Ronel González	49
José Alberto Velázquez	58

Larry J. González
(Los Palos, 1976)

**Lawrence te envidio mucho,
Lawrence te envidio poco**

—*Todos mis amigos,
exactamente los amigos que han triunfado en la vida, según mi madre,
son unas benditas locas abiertas: unas cabras* —hablo de ellos con orgullo.
Aunque parece que me carcome la envidia cuando hablo (es un ciclo de minidosis
higiénicas de envidia, de patrón rutilante —como dicen en Miami, de las que llaman
sana).
Justo porque la sana envidia no me carcome recibo las minidosis en intervalos de tiempo
cercanos: goteras de minidosis (volver sobre la angostura del cuentagotas y la cualidad
profiláctica).
—*Es una envidia de otro tipo.*

**Lawrence te envidio mucho,
Lawrence te envidio poco**

Veraneo con algunas de las cabras: atendí muchas alabanzas de las cabras y repasé la
intensidad con que trabajábamos de noche. La suerte sonriéndoles en Miami.
Es complicado. Soy mala persona —según mi madre.

Encanto

El laboratorio de computación de la Facultad de Artes y Letras fue el primer lugar que
conocieron Las Pioneras para levantar editores —vía internet.
Era muy normal abandonar las palabras del profesor de turno y elegir candidatos en una
lista de editores que se mostraban felices —vía internet:
—*¡Niñas: constancia, paciencia!* —siempre en boca de Las Pioneras.

El nombre de una de Las Pioneras me salta al hojear una revista en Miami (día tras día esa pionera ensayista rastreaba hondo en los candidatos, días tras días ayudaba a otras pioneras en sus rastreos).

La Pionera ensayista firmando un artículo largo, muy bien escrito.

Encanto

Cinco años después de abandonar el laboratorio de computación de la Facultad de Artes y Letras, estoy en el laboratorio de computación del Instituto Superior de Arte. La técnica de rastreo persiste. Y, a la vez, la técnica es distinta. El diseño en las páginas de internet ha cambiado: tonos pasteles y fosforescentes por cada *clic*, recuadros fosforescentes donde se dispersan las breves historias de los editores, fosforescente la prosapia y apastelados los otros recuadros: carpetas de fotos donde los editores viven felices.

Veo mucho más pioneras en el laboratorio de computación del Instituto Superior de Arte que en el laboratorio de la Facultad de Artes y Letras. Y veo también algunos pioneros hurgando en las listas de editores. La cantidad de pioneros hurgando en las listas de editores es más o menos igual en cada uno de los dos laboratorios. Todas Las Pioneras en el laboratorio del Instituto Superior de Arte son dramaturgas y trabajan en grupos, se regalan editores de una máquina a otra. Ahora mismo hablan muy alto sobre el *Micro Theater* de Miami (una de las dramaturgas cuenta que andaba mataperreando por el Downtown y se metió en uno de los 15 contenedores del *Micro Theater*. Puestas de 15 minutos para 15 personas. Ella fue la persona número 10 en entrar a uno de esos contenedores del *Micro Theater*. Sale del *Micro Theater* gritando pestes sobre los 15 minutos. *Amargos* —dice la dramaturga. La dramaturga quería (sin moverse de la puerta del contenedor) que le buscaran a esa dramaturga de pinga de Miami, porque una dramaturga acabada de llegar no puede meter así con la cara. —*Te juro que la iba a despingar ahí mismo. Por escribir tanta, tanta, y tanta pinga*).

Llevo tiempo boquiabierto por la destreza ante cada *clic*, manos más que hacendosas las de Las Pioneras Dramaturgas sobre el teclado.

Esa mañana en el laboratorio de computación del Instituto Superior de Arte le siento la mano a Franz “El berlinés”. Es un berlinés inmóvil ante la reunión de buzones abiertos. El berlinés que sería muy pronto el editor de Encanto. Encanto vendría a ser para el laboratorio de computación del Instituto Superior de Arte lo que fue La Pionera Ensayista para el laboratorio de computación de la Facultad de Artes y Letras. Encanto está en tercer año, creo. Pero ya es dramaturga-dramaturga. Franz es un editor bastante conocido fuera

de su país. Encanto pasea a Franz máquina por máquina del laboratorio. Franz duplica el mismo saludo que Encanto le hace a sus yuntas. A una por una le choca la palma de la mano. Las yuntas me parecen tan novatas comparadas con Encanto. Un segundo antes de dejar el laboratorio Franz me pone la mano en el hombro.

“Yo soy el que es”

El envío de la última mesada, con auxilio de Dios, llegará el lunes. A veces se atrasa un día, dos días máximo. Fraccio las dos mesadas anteriores, guardo dinero de junio y julio, para que muy apretado pueda vivir hasta noviembre en este Miami.

—*Reduces la compra de vegetales y eliminas antojos.*

“Yo soy el que es”

—*¿Cómo limosnear una última mesada?*

Yo no tengo un régimen sólido de escritura: yo no acostumbro a levantarme a las ocho de la mañana para escribir y ensalzar el oficio, yo no conozco días de hinchar páginas escritas en *Times New Roman* 12 hasta las cuatro de la tarde o más.

Seamos claros. Y así si el dinero llega será un dinero maternal, un dinero que perdona cualquier tipo de régimen en este Miami.

Oziel manda a pedir un dispositivo de lectura para satélite y una estación de soldadura para laptop

—*Mi socio tiene una red de talleres donde él y sus discípulos arreglan n cosas.*

A cualquiera con n objeto roto debajo del brazo lo sigo enviando inútilmente a la red de talleres. Se me olvida que fue solo antes que se estableciera la red de talleres que mi socio arregló n cosas. Hoy por hoy solo se arreglan en la red de talleres n tipos de laptops y n operaciones que tengan que ver con satélites, sobre todo parabólicas captando el radio de acción del DIRECT TV que se ve en La Florida (40 cuc al mes y mi socio y sus discípulos te alcanzan la señal de DIRECT TV).

Visito la central de la red de talleres y mi socio me habla de la necesidad de un dispositivo de lectura para tarjeta de satélite y habla con desenfreno de la urgencia de una estación

de soldadura para laptop. Estoy obligado a ver las características de la estación, como si yo, que ignora la esencia de tales estaciones, pudiera rozar el éxtasis ante el envío (se abre una laptop a medio arreglar y vemos en un pdf a la estación de soldadura y su precio de 300 dólares.)

Mi socio lanza el doble pedido (un dispositivo de lectura para tarjeta de satélite y una estación de soldadura para laptop, dos pedidos secos, sin precios aproximados) y el pdf adjunto desde el correo de la red de talleres. Habla con orgullo del amigo que va a enviarle los dos armatostes. Para mi socio es simple: mi socio y el tal amigo arañaron y se comieron juntos un cable, empezaron por El Tallercito, la anécdota de cómo El Tallercito se convierte en el sueño de una red de talleres por cuenta propia y como luego el amigo de mi socio se va a trabajar a una compañía de programación muy prestigiosa de Miami, y de ahí parte hacia una comuna de científicos en Alabama que investigan para la NASA, o algo así de relevante.

La seguridad abrumadora de mi socio de que el amigo que trabaja en Alabama, ya sea para la NASA o sector aproximado a la NASA, al final le da igual el envío de una estación de soldadura para laptop equivalente a 2000 dólares que el envío de una de 300. No quiere decir esto que con el envío de la estación de 300 dólares mi socio no aplaque todas sus expectativas respecto a soldar el interior de las laptops. Es que al amigo de mi socio si se le pide n pieza siempre envía la n pieza de un precio superior al que se le solicita en un inicio (una estación de 2000 dólares aparece en el mismo pdf a continuación de la otra de 300 dólares. Los ojos de mi socio hechos agua cuando describe las diferencias entre la estación de 2000 dólares y la de 300).

Por eso mi socio ya no le profundiza al amigo nada respecto a precios. No le profundiza tampoco sobre la sofisticación del dispositivo de lectura para tarjeta de satélite, por ejemplo. Recordemos que es un doble pedido. Otras veces el amigo de mi socio ha mandado otros dispositivos, y los de un valor de 200 dólares vienen siendo perfectos. Igual creo haber escuchado que ese es casi su precio estándar. No se advierte mi letargo ante la pujanza con que mi socio conjuga el verbo tener, y las distancias estrechas entre los reclamos (mi socio espera que yo me aparezca en la red de talleres con n objeto que le iban a mandar de la compañía de programación de Miami. Jamás pisé la compañía de programación, ni

fui a otros lugares donde esperaban n otros objetos para n socio. Mi socio, cuando menciona la compañía de programación de Miami, hace un gesto con la boca. Engurruña la boca hacia la derecha. Ese mismo gesto lo hice yo cuando aterricé en el Aeropuerto de La Habana después de mi primer viaje a Miami. Escupe el chofer que me mandó mi madre: *¿Y cómo dejaste aquello?* Aquí viene la arruga, el trillo, mi parálisis facial donde nace el cachete derecho: con el perro dolor de mi alma).

Oziel manda a pedir un dispositivo de lectura para satélite y una estación de soldadura para laptop

¡Qué simple y discorde es el énfasis en la conjugación del verbo *tener* que utiliza mi socio si lo echas a fajar sobre los acentos de ruego que escribí en el último e-mail: ofrendas para que lleguen limpios mis papeles de insignificante estofa! (mi socio, cuando menciona la compañía de programación de Miami, hace un gesto con la boca y extiende también ese gesto a la conjugación del verbo *tener*. Es un tic que se pega muy fácilmente)

Los farolitos chinos relucen en el palo mayor de cubierta

Ayer no escribí nada, hoy tampoco, y seguro mañana no escribo una línea. Ayer estuve recortando letras para una serie de *collages*. Hoy recorté unas sabandijas de mar. Eran de lomo áspero y se me hacía difícil recortar la procesión de úlceras que remataban en cresta sobre la frontera del lomo. El eterno balanceo del velero hacía que mis cortes, aunque eran cortes esmerados, ingresaran siempre al cuerpo de las sabandijas.

La tristeza descomunal que me esperaba en Miami era solo comparable con un tijeretazo en las dos últimas úlceras de mi cola o a ras de la más prominente úlcera sobre mi lomo.

Los farolitos chinos relucen en el palo mayor de cubierta

No sé por qué empecé llamando sabandija al leviatán que decora el Golfo de México. Hoy recorté un leviatán de una carta náutica que me encontré tirada en la bodega del velero. El último leviatán malherido finge ser uno de los millones de estandartes que se amarran a los cordeles en los días de verbena en Miami, cortes sempiternos sobre hojas de papel. O sobre latas de refresco o cerveza que adornan los cordeles: esos soles raquíuticos de los matutinos festivos de la primaria.

Cabroná

Mi repugnancia ante un tipo de mujer como las dos hermanas aeromozas que me tocaron en el vuelo de aquí para allá (Habana-Miami). Las dos hermanas esconden maledicencia tras la facha de buenas personas, mujeres en extremo calladas, las ínfulas de las hermanas

revestidas sobre un *nosotras al volar hacemos siempre lo correcto* me provocan unas ganas inmensas de escupir a cada una en los dos ojos. Está claro que las aeromozas maledicentes se amoldan al guiño de buenas personas, instruidas en la pose de volar como mujeres selectas. Sucede que en las dos hermanas era demasiado forzado el empaque que disimulaba una *cabroná* extrema.

Clavo la vista en las dos hermanas y les provoqué cierta alarma, igual al recelo que me gusta urdir cuando clavo la vista sobre esa niña que se cruza conmigo en los pasillos del Instituto Superior de Arte. La niña ha llegado a hablar de mí como de un ser no confiable, borroso, un *no sé qué*.

P.D: ¿Recuerdas a aquella otra niña flotando por los pasillos de la Facultad de Artes y Letras? Me alteraba el artificio de esa niña, el maquillaje hospitalario. Una tarde tuve que saludarla, nos cruzamos en la intersección entre los pasillos y el saludo no pasó de: —*Ey* (sonido agudo y muy bajo que me salió de la garganta y vino acompañado de un ligero movimiento de cabeza. Tan bajo fue el saludo que para aquel que estuvo relativamente cerca no existió *Ey* alguno, ni vibración gutural remotamente baja, solo el movimiento de la cabeza y una mueca. Olvidaba la mueca y fue histórica: parálisis facial donde nace el cachete derecho, tic que se pega muy fácilmente).

Morcilla

No sé cómo declamarte esto sin que rujas: —*Tu poesía exhala un vaho sucio a morcilla, a carne de quinta*. Hago de tripas corazón amparado en la fe autobiográfica del suceso, bien sé que es la misma fe rota sobre las cartas de Bukowski (—*Yo ni muerto me leo ya a ese tipo*) que atesoran los adictos a la grasa de puerco, a la morcilla de nueva marca, donde hincas la nariz sobre el vaho de cada adicto: revista *Story*. Patea, ve a escupir sangre por los dos ojos. Ruge, león, y escucha:

Antes de irme a Miami comencé a provocarme dolor. Los palos de tender, por ejemplo, empezaron por los ruegos de un cliente bastante fijo. Me estuve negando hasta que él subió la paga y acepté. Los palos de tender casi formando el tocado de plumas de un indio, semicírculo adornándome los huevos. Antes de irme a Miami me pasaron un video: el video mostraba a una niña que lucía unos trece años, unas facultades sorprendentes para el contorsionismo, hacía entrar dulcemente garfios de carnicería en huecos abiertos en su espalda, quedaba colgando de los huecos, meciéndose satisfecha antes de que apareciera el hombre vestido de carnicero que se la templaba, y que a cada rato la dejaba columpiar.

Respecto al dolor acepté otros objetos: los collarines, por ejemplo (collarín como una goma de tractor al revés, como si las grietas de las gomas de un tractor, repletas de piedras y cristales de la carretera fueran a estrujar la piel del cuello. Pero el collarín no tiene grietas. El collarín tiene cerdas rígidas que imitan la forma de las grietas de las gomas, como si inflaras las grietas y se hincharan las cerdas punzantes. Como muchas piedras filosas. O muchos cristales).

Ese mismo cliente me recogía bastante seguido. Íbamos a su casa. Un día nos esperaban ya adentro un hombre y su novia jovencísima: la niña de trece años y el carnicero del video. En lo que me queda de vida nada me va a sorprender más que ver a aquellos dos sobre un sofá. Nada en aquel video parecía MADE IN CUBA y ahí estaban los dos protagonistas tranquilos en un sofá, estampado de leopardo y flores de agua. ¡Parecía tan lógico que la niña no era una niña cubana: demasiado blanca, demasiado rubia, demasiado ojos azules! Demasiado cumpio. Ideé la carne magra y fofa alrededor de los huecos de la espalda. Quise besar la carne magra y fofa. Pero la espalda de la niña seguía ídem de blanca. Los remates de la carne que cicatrizaron insinuando las bocas para los garfios siguen tan blancos e impolutos como el resto del cuerpo.

Yo no sabría qué decirle a una niña cubana que aparenta trece años, que se cuelga solemne a unos garfios de carnicería. Y eso se nota, y se nota mucho. Mi timidez ante el contorsionismo, digo. Por eso la niña cubana que aparenta trece años se me acerca y entona una pronunciación macabra:

—Do you speaking english?

Mollera de buey Cabezas de vacas

A ver, lectores de Miami, imaginemos una carnicería que no esté justamente en Miami. Detrás del cristal, el pernil cuelga de un garfio. El centelleo del garfio es resultado de las luces, tubos fluorescentes. Llevo días viendo ondear el pernil. Siempre camino a la misma hora frente a la carnicería cerrada y el pernil todavía se mueve.

Es absurdo que el pernil ondee de un lado a otro con semejante brío. Son varias horas desde el cierre.

Cuando yo viré de Miami a mí me decían: *¿Vamos a tal lado?*, y yo iba. Sin pensar. Pocas veces pensaba en *tal lado* con alegría, como cuando ves alegre a dos *shar-peí* que van a *tal lado*. Los ojos del *shar-peí* cuando lo sacas a mear. Mi mamá me dijo: *¿Vamos a la iglesia?*, y yo fui. Sin pensar en *tal lado*. Mi mamá vive en

Cerrada del Paseo. Una calle sin encanto alguno, más bien horrorosa, a tres cuadras de la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre. En la iglesia saqué mi libreta con los apuntes de *Estudios Poscoloniales* y copié literal algunas frases que decía El Cura. Te leo la frase sobre el vitral, sobre el vientre y el amor, y sobre el ser: un animal con la cabeza gacha:

—*Vean en el vitral al ángel Gabriel y a una muchachita, una guajirita de Nazareth que ahí parece perdida.*

—*Suena igual que cuando María miró alrededor y dijo muy alto: “Yo no tengo relaciones con José”.*

—*El amor concreto es la cosa.*

—*Somos ovejas, y ovejas, y ovejas.*

Mollera de buey Cabezas de vacas

Cuando estoy en la carnicería veo al carnicero que le da empujones al pernil y sale a despachar a la sección de embutidos. Veo la fuerza que se deposita en el anca. La fuerza que sube a dormir en la giba del garfio.

Por eso es que el pernil ondea de un lado a otro. Semejante brío. Aun cuando sean varias horas desde el cierre.

Recuerden que no estamos hablando de una carnicería que tenga que estar justamente en Miami.

Yo hubiera preferido estar en otra ciudad. Eso de estar triste con cojones en Miami como una vaca muerta, una vaca muerta que está desquiciada por abrir los ojos, es como tirar lazos al revés cuando tratas de explicarte en pleno rodeo. En Miami cuando tratas de explicar algo con un lazo al revés alrededor de la muñeca, que tú estás triste con cojones porque estás enamorado como un perro muerto, perro muerto que está muy desquiciado por abrir los ojos, *tú lo que estás es triste por otro cosa, soperro*. Y sería muy bueno si ese perro muerto fuera perro rancheador. Porque en Miami todo se relega a leer cientos de veces los trillos de la manigua.

Pedro Marqués de Armas (La Habana, 1965)

Con voz de Eusebia Cosme
cada tanto
me recita
al oído
(por teléfono)
poemas:
Santa Teresa
Mallarmé
Lezama
Propercio

Pero, si le pido Martín Adán
¡oh, por favor! no tiende
mano

Esa dicción soñolienta
en pie (dice)
de borracho
le produce urticaria

Quiere (en su voz)
que todo sea altivo
pura miel
para gárgaras.

Y el prontuario sigue:
Góngora
Neruda
Horacio
Petrarca

Con voz de Eusebia Cosme
cada tanto.

Espejo de impaciencia

Comimos pata y panza, mazapán
 en lo que alimentábamos el ánimo
 de sabores apenas recordados
 y alguna que otra etiqueta:
 Maltina, Jupiña, Materva,
 peras, manzanas.

Comimos tierra. Cable, sogas.
 Y “de aquellas jicoteas de Masabó,
 que no las tengo y siempre las alabo”.
 Manjúas, calandracas.
 Memorándum enteros.

Con más exactitud

Fue en un filme llamado *Revolución* (creo), rodado en 1959, que vi
 con toda claridad y enorme sorpresa, la cámara avanzando si mal
 no recuerdo en ángulo, toma brevísima: la esquina de Amargura y
 Aguiar.

Cine Cervantes, *circa* 1971, solo retengo otra imagen pero en este caso
 brumosa: la de unos rebeldes que preparan, en botellas de leche, sus
 cócteles incendiarios.

Si lo viera otra vez, sería no más para ver aquella esquina, la cámara
 rozando la capilla (aún no derruida) del convento de San Agustín y
 abalanzándose sobre el edificio de escuetos balcones de la Compañía
 Tres Rosas.

Paisaje en otro tiempo diario (¿cómo probarlo?), ahora esa calle (con
 más exactitud, esa esquina) es el recuerdo del recuerdo de un filme
 fundido en un solo y vago pasaje.

Declives

En la foto estamos M. y yo. Una de esas tardes de tertulia, de runrunes de altos quilates metafísicos. Sería invierno. Formamos un curioso tándem en esa sala recién pintada donde solo hay vigor en un pequeño espejo ovalado que pende sobre las cabezas, y quizás, en los transistores del televisor Caribe. Desde luego, no quiero decir lo contrario, también en nosotros. Pero un vigor ya tenue. Como si (y es un “como si” mallarmeano) el deseo, por obra de un embolismático complejo, comenzara a desfallecer. Cintas de somnolencia, telitas pobres, vasitos de infusión. En cuanto al hambre, hizo estragos. Soy el artista famélico, el astroso artista salido del sueño de lo real. Se presenta, el hambre, revuelta, despeinada, como un padecimiento tiroideo. No otra cosa que un cruzarse de brazos, y aun así, un sonreírle al contrariante futuro.



Historia pajaril

En sus *Cuadernos norteamericanos*, Nathaniel Hawthorne escribió hacia 1839: “En Cuba un pájaro gritaba ‘sofía’ en medio del monte. Su graznido se limitaba a eso. Era dado imaginar que un difunto amante se expresaba por intermedio del pájaro”.

Esa noche soñó Hawthorne con una procesión saliendo de la catedral: el sonido de las campanas semejando al de una cucharilla de plata envuelta en seda.

Después de muerto

A Julio Ramos

En avícola granja de Isla de Pinos
donde por mal comportamiento
te destinaron —oh música mala—
las gallinas cacareaban tu nombre
al amanecer

Oh Nicolás
 Oh Nicolás
 Oh Nicol

hazzz

Y se quedaban tan panchas

Por eso te dio por quemar(las)
con queroseno del que engorda
el pico

Te desquiciaron, sí,
te demolieron, sin miramiento
—tramoyistas, simples asistentes,
gente de cine, en fin, los blanqui-
renegridos
enfermeros de Mazorra

Solo el sol matérico picando duro,
sonando seco sobre los del baile,
cegando (a los deslumbrados
metalúrgicos)
redime un
tan

Aunque mirar(lo)
de frente
nadie pueda
(La Rochefoucauld)

Sol extensible de un cabo al otro
de la Rampa hasta Buey Arriba
hasta el Tao (sic) y la Liga
contra la Ceguera

Sol portátil sobre los “umbracos”
en la ciudad invadida de café y paja
el año de la Gran Derrota

A la propaganda opusiste
la vieja publicidad, ironía y orgullo
a destiempo con lo que se volvía
más que nunca
cuestión de Estado

Pero ya suena el cencerro
y el punzón
en la lápida

Que no hay sintaxis ino!
como no hubo sino un regreso
tardo al Moloch (de la Barba)
escoltado (aún) por la tonada boba
que casi lo deja
lampiño

Captaste el movimiento del gentío:
baile rápido para conjurar la milicia
y lento, para calar cuán enfermo
estamos

Eros así, jamás se bailó

*Por si te quieres
por el pico
divertir.*

Logia cubana

El sombrero de Cornelio Rojas
todavía en el aire
a dos palmos de la cabeza

Apenas encubre al coronel rechoncho
contra el muro de cal
que almacena la Historia

En lo que el cuerpo se dobla
esplende como un platillo volador
como el asteroide de las revoluciones

El escenario no puede ser más perfecto
la obra acabada
la arenga breve

Buen provecho, muchachos
esto que salta son mis sesos
ise los sirvo en bandeja!

Está de vuelta el pasado
con sus viejas promesas
y sus trucos de siempre.

Objetos cedidos por su hija Piedad

Unos espejuelos, un reloj,
un peine, un mechón de pelo
negro, otro cano, un retrato,
el último manuscrito

Cuanto quedó del poeta Zenea
según reproducción de 1913

No al salir de la bartolina
sino después, media
hora más tarde, para ser exactos
catapultado por los fusileros.

Vía Felsinia 4

La pipa de Saba,
el gato de Erba,
el tic bucal de Montale,
Caproni, tanta
nieve.

Cuanto concierne
a la poesía italiana,
irremontable.

Cuanto concernía
(para mí) ese verano,
el más cálido de Europa
en cien
años.

En vano intenté escribir,
un fiasco.

Pasolini leyendo al viejo Ezra
—los ojos entrecerrados centellantes
como si hubieran dejado la luz
de la habitación encendida—
su poema de juventud
sobre Whitman.

Pavese, Soffici...
el olor de los muebles
la calima perpetua, la bonifica,
la densidad de almas y fómites
el rastro de inquilinos ya muertos
y la señora Rosini simulando
un crimen, como yo
un aprendizaje.

Nanne Timmer

(La Haya, 1971)

El método de la no doctrina: la poesía de Gerard Fieret

Gerard Fieret (La Haya, 1924-2009) tuvo que esperar hasta los últimos años de su vida para convertirse en un fotógrafo de renombre internacional. Actualmente se encuentran obras suyas en las más distinguidas galerías internacionales. En 2016 y 2017 una exposición dedicada a toda su obra se dio a conocer en París, Turín y La Haya, ciudad donde vivió casi toda su vida y donde fue una conocida figura urbana. En los ochenta se le veía tocar la flauta en la calle y, ya anciano, vagaba con aspecto harapiento y cargando comida para las palomas. Si uno se topaba con Fieret en las calles de La Haya, podía recibir de él un saludo amable —incluso hasta podía contarte una de sus anécdotas e historias—, pero tampoco era raro recibir una incómoda cadena de insultos caídos del cielo. El reconocimiento de su obra frecuentemente estuvo ligado al lugar marginal que ocupó Fieret dentro del mundo del arte. Hay una inevitable ironía en la forma en cómo se celebra actualmente la originalidad y autenticidad de su fotografía en un mundo que en su día lo apartó. La mirada incómoda de Fieret, la del paranoico y problemático, no solo dice mucho de su figura, sino también de su entorno. La actitud de los curadores y galeristas hacia la persona y el arte de Fieret es doble: hay fascinación y rechazo, como si adoptarlo no hubiera sido un problema si este no mordiese. Pero el bicho Fieret mordía, y se reía, y eso era en esencia todo lo que había hecho.

Gerard Fieret vivía atormentado por varios temas. Uno de ellos era el sentirse incomprendido en su expresión artística, la cual hasta 1965 principalmente se enfocó en el dibujo y la poesía. A partir de ese año comenzó a experimentar con la cámara y a chocar con el mundo de la fotografía, que, a su

ver, se dividía en dos vertientes: la de aquellos que solo se preocupaban por el realismo y la técnica, “los hombrecitos Hasselblad”, los del “lobby de la fotografía” como él los llamaba, que podían hacer pasar a Fieret por un simple chapucero; y la de los artistas más reconocidos (“los ejércitos de incultos asociables”) que, según él, dedicaban el tiempo a robarle sus poemas y negativos, y a exponer sus fotos como si fueran propias. Fieret hablaba de “infiltraciones y saqueos”, frecuentemente “llevados a cabo por una muchachita linda que contrataban para ello”,¹ según el artista.

Es decir, su lugar en el mundo del arte era efectivamente marginal y absolutamente inclasificable. En aquellos tiempos la distinción entre los autodidactas y los que se habían formado en la academia de bellas artes estaba bien marcada. Pero ni siquiera este criterio tan amplio podía abarcar a Fieret: en su juventud asistió por algún tiempo a la academia, pero nunca la terminó. Después volvió a estar vinculado a la academia realizando trabajos como conserje, asistente o modelo, y de ese modo pudo seguir nutriendo su curiosidad por un camino alternativo. Su vida, sin embargo, fue más complicada que este dato casual sobre su paso por las escuelas. Cuando tenía dos años su padre abandonó a la familia y él fue criado por “el matriarcado”² como decía. Su madre, que sufría de tuberculosis, frecuentaba sanatorios, así que Gerard pasó gran parte de su infancia en internados. Durante la guerra, en 1943, lo mandaron a hacer trabajos forzados en Alemania. Retomaría su camino artístico una vez finalizada la misma, aunque el trauma que esa experiencia le causó significaría una dificultad añadida. En los cincuenta publicó dos poemas en una antología del poeta experimental



Paul Rodenko, y expuso algunos dibujos; mientras que en la década siguiente —entre 1965 y 1975— empezó a dedicarse compulsivamente a la fotografía poseído por una creatividad arrebatadora. De su cámara brotaron miles de imágenes fraguadas en ese cuarto oscuro donde solía trabajar sin agua corriente y en compañía de un gato ciego. Las imágenes en las fotos muestran una Holanda de los sesenta: tiempos de revolución sexual y de liberación de estrechos dogmas religiosos y morales. Se ven escenas de una ciudad en movimiento —tanto urbanas como íntimas—. Hay una voluntad de registrar y archivar no solo el mundo que lo rodea, sino también su propia percepción y conexión con todo lo demás. Esa mirada nos da acceso a un rechazo de las convenciones artísticas y burguesas así como a una entrega a la máquina creativa y sin freno que abraza todo lo espontáneo, lo fugaz, lo lúdico y transgresivo: “Quiero tenerlo todo, no

existe la foto fallida”.³ Muy de su tiempo también la convivencia con los movimientos anarquistas de los *provos* y los *gnomos*, y visible el vínculo entre Fieret y ellos en la publicación de su poesía en la revista alternativa *Gandalf*, que se dedicaba a publicar literatura, textos satíricos y dibujos de desnudos, lo que en ese tiempo significaba explorar los bordes de la ley.

Su obra puede leerse tanto como intervención urbana como un trabajo sobre el archivo y la vida. No solo por sus composiciones originales, el juego con los desenfoques y la mirada “propia” con respecto a la intimidad, lo frívolo y la sexualidad, sino por su reflexión sobre el medio artístico en sí. Cada impresión de Fieret es singular: son imágenes a veces en papeles arrugados, con manchas o excrementos de palomas, y a menudo con la firma o estampa de Fieret en grande. Más que fotos, son, en sí mismas, objetos artísticos, y así es como él ha entrado en la historia de la fotografía, transgrediendo las convenciones de una sociedad en tumultuosa transformación. Se hacía llamar “fotográfico”, porque concebía su obra como un *entrelugar* de dibujo, diseño y escritura con el arte como fin y la técnica fotográfica solo como uno de los medios a su disposición.

Se podría decir que en mi caso la poesía es un poderoso río del que nacen dos fuertes ramificaciones, el dibujo y la fotografía. Al final los tres medios se unifican, se funden... La fotografía se vuelve poesía, la poesía se vuelve fotografía, el dibujo se convierte en una forma de escritura, el dibujo y la poesía se convierten en una forma de ver y la fotografía se convierte en un puente en los corredores de un laberinto.⁴

Fue generoso con sus fotos, algunas las regaló, otras las prestó, y otras fueron compradas o “fueron robadas”. La Universidad de Leiden tiene un gran archivo de fotos suyas y de correspondencia con Fieret, en el que se encuentran un sinfín de folios, sobres, postales y papeles garabateados de todo tipo en los que él a veces agradece a la

institución, y otras, muchas, la enfrenta con furia. Las razones son múltiples: querer ver sus fotos y estamparlas o firmarlas como parte de esa relación especial entre vida y archivo que corre contra el tiempo. O reclamar sus fotos de vuelta. O no estar de acuerdo con formulaciones sobre su vida. También la limpieza de las fotos u otros tipos de procedimientos son algunos de los motivos de sus múltiples reclamos. Después de su muerte en su desvencijada casucha, aparecieron dos grandes bidones llenos de negativos entre los escombros, el caos y la suciedad.

Sus fotos han viajado por el mundo, pero de su poesía se sabe poco internacionalmente, a pesar de haber publicado más de diez libros. La inmensa producción fotográfica que dejó solo abarca diez años de su vida. El resto de su vida lo dedicó sobre todo al dibujo y a la poesía, cuando no andaba ocupado con sus palomas. Muchos de sus poemas los escribió en posavasos,⁵ al igual que sus dibujos, cuando frecuentaba el bar De Posthoorn, en La Haya (los días que lo dejaban entrar). Fue un hombre extravagante y con un gran encanto particular, pero fue también una persona difícil, que podía ser agresiva y paranoica. Esto le causó la exclusión de muchos lugares. Su enfermedad síquica hizo que sus últimos años los pasara solo y marginado. Mientras algunas de sus fotos se vendían por 10.000 dólares en Nueva York, el artista vivía sin calefacción, entre ratones y palomas, y durmiendo sobre una silla. Las fotos en esos catálogos habían dejado hacía mucho tiempo de ser de su propiedad, aunque en su paranoia sobre la expropiación se había asegurado de firmarlas y estamparlas. Su preocupación era sobre todo alimentar a las palomas. A menudo podía vérselo con una bicicleta —en una mano— y cubos de comida colgando del manillar para “sus” pájaros. Así iba haciendo su recorrido por lugares fijos donde les daba de comer. En su poesía se despliega la ciudad, la estepa y la lluvia como motivos recurrentes, al igual que el “hombrepájaro”, que era tal como se le conocía en La Haya. El desdoblamiento psíquico, la experiencia humana y el viaje existencial son ingredientes

constantes en una obra no exenta de delirio. Su lenguaje es fresco, el humor y la ironía son marcas muy propias de su estilo vital, al igual que en su fotografía. Los poemas que se presentan a continuación provienen de los siguientes libros: *De lasso van de minnaar* (El lazo del amante, 1980), *Filosofie van een vlinder* (Filosofía de una mariposa, 1976), *Als een Kayak mijn woorden* (Como un kayak mis palabras, 1973), y *Een nieuw lint* (Una nueva corteza, 1973) —publicados por reconocidas editoriales— y *Lied van de hardstenen engel*, (Canción de un ángel de piedra dura), y *Stem van Phylologos* (Voz de Phylologos), ambos en 1974, estos últimos escritos a mano o a máquina y presentados como fascímil bajo el sello propio e independiente Alhambra Press o Wietke van Dort Producties.

En la enorme cantidad de poemas que escribió hay de todo, tal como en sus fotografías. Para él, no existía el poema fallido. Su legado son apuntes alucinantes, construcciones sofisticadas y publicaciones con faltas de ortografía, poemas minimalistas y otros de entrega lírica o con problemas de sintaxis. Y todos son parte de un *flow* incesante en el que surgen textos a través de los que se puede ver el mundo en su sencillez y complejidad como si fueran caleidoscopios, sirviéndose siempre de esa risa mordaz. Poemas que como el ojo y la cámara desenvuelven lo que tenemos delante e invitan a asomarse y a compartir esa mirada poética y única del fiero Fieret.

Notas

¹ Sinderen, Wim van: “Homo Fotograficus”, en Diane Dufour, Francesco Zanot y Wim van Sinderen (Eds.), *Gerard Petrus Fieret*, París/ Den Haag, Editions Xavier Barral/LE BAL Hannibal Publishing/ Fotomuseum, 2016, p. 547.

² Ídem, p. 548.

³ Entrevista a Fieret en Frans van Burkom, *Gerard Fieret (1924-2009)*, Haarlem, Focus Publishing, 2010, p. 6.

⁴ Fieret, Gerard: *Correspondencia a Ingeborg Leijerzapf*, Universiteitsbibliotheek Leiden, Bijzondere Collecties.

⁵ El *gemeentemuseum* de La Haya tiene una colección de miles de posavasos dibujados por él.

Gerard Fieret
(La Haya, 1924-2009)

el óxido carcome mi cabeza
en el abrigo mil veces
envuelto
monto mi caballo
por llanuras eternas
a veces soy una montaña
o pájaro y miro a mi
caballo con el ojo de
las miniaturas

más directo
sin
reserva
la lluvia
la ventana
abierta
sin rumor
el otoño va
arbusto yo
escondido
en la mano
de un año
siguiente
yo puerta a
mí mismo
puerta detrás
puerta
a mí mismo.

yo-el otro
yo-no el otro abre la puerta
veo el paisaje al revés

los pájaros vuelan de espaldas
no yo-el otro lo atraviesa
el cielo
debajo de sí, él ve
su ego sin gravedad
un último aletazo

presente
si no tú
soy yo
llamo a la puerta
y dejo que entre
siéntese, quiere
tomar algo
no, no quiero nada
entonces está usted ausente
quiero algo
llamo a la puerta
alguien no está
me deja entrar
se sienta a mi lado
alguien
que no está

no puedo reírme
porque se
cae
mi dentadura
no puedo rascarme
porque se
cae
mi cabeza

no puedo llorar porque
soy demasiado seco

yo pequeño en la lluvia canto
en cada gota

entonces puedes oír
que eres ágil
para escapar
pero te llevas la ventana
y se queda el paisaje
dentro
lo pones con cuidado
frente a mí
entro por una escalera
un hermoso tigre de
colores me mira hambriento
dice mi nombre y
quiere entrar en mí

lobos

lobos por todas partes lobos,
ladrones de mis letras
casa vacía cama vacía
viento vacío, la puerta cuelga
descuadrada en su bisagra.
la encuentro estrella
más pequeña que el comienzo
en mi mano
pero la casa debilitada
el umbral se mueve, el suelo
se ha levantado
el agua es como agua materna
no hay abajo ni arriba
soy estopa en el tiempo.

paisaje

veo el paisaje debajo de mí
cómo cambia
de abajo para arriba
giro
para verlo, el paisaje
la gente
ellas hablan a sus sombras
que saludan
por caminos agitados
y pueblos sin rumor

piedras

yo te amontono
tú me amontonas
tú me desmontas
yo te construyo
tú mí – yo ti
el río es nuestra casa

roest vreet in mijn denken/ in de mantel duizend maal/
rond mij geslagen/ berijd ik mijn paard/ door eeuwige
steppen/ soms ben ik een berg/ of vogel en zie ik
mijn/ paard met het oog van/ miniature

direkter/ zonder/ voorbehoud/ de regen/ het open/
raam/ zonder gerucht/ is de herfst/ ik wingerd/ ver-
scholen/ in de hand/ van een volgend/ jaar/ ik deur
naar/ mijzelf/ deur achter/ een deur/ naar mijzelf.

ik-de ander/ ik - niet de ander opent de deur/ ik zie het
landschap omgekeerd/ de vogels vliegen op hun rug/ ik
niet - de ander gaat erdoor/ de hemel/onder zich, hij
ziet/ zijn ego zonder zwaartekracht/ een late laatste
vleugelslag

aanwezig/ ben jij het niet/ dan ben ik het/ ik trek aan de
bel/ laat mijzelf binen/ gaat u zitten wilt u/ iets gebrui-
ken/ nee ik wil niets gebruiken/ dan bent u afwezig/ ik
wil iets gebruiken/ trek aan de bel/ iemand die er niet
is/ laat mij binen/ gaat naast mij zitten/ dus iemand/
die er niet is

Ik kan niet lachen/ want dan valt mijn gebit/ er uit/ Ik
kan niet krabbelen/ want dan valt mijn hoofd/ er af/ Ik
kan niet huilen want/ ik ben veels te droog

ik klein in de regen ik zing/ in elke druppel

dan kan je horen/ dat je lenig bent/ in uitvluchten/ maar
je draagt het raam/ het landschap blijft/ er in zitten/ je
zet het behoedzaam/ voor mij neer/ ik stijg het in via/
een trapje/ een prachtig gekleurde/ tijger staart mij hon-
gerig/ aan noemt mijn naam/ en wil in mij zitten

wolven

wolven overal wolven,/ de rovers van mijn letters./ leeg
honk leeg bed,/ lege wind, de deur hangt/ scheef in haar
hengsels./ Ik vind haar een ster,/ kleiner dan het begin-
sel op/ mijn hand./ Maar het ondergraven honk./ de
dorpel beweegt, de vloer/ is opgehoogd./ het water is als
het moederwater./ er is geen onder en boven meer,/ ik
ben een stupa in de tijd.

landschap

ik zie het landschap onder mij/ hoe het verandert / van
onder naar boven/ keer ik weer/ om haar te zien het
landschap/ de mensen/ zij spreken tot hun schaduw-
en/ die zij begroeten/ lankmoedige wegen/ en dorpen
zonder gerucht

stenen

ik stapel jou/ jij stapelt mij/ je breekt mij af/ ik bouw je
op/ jij mij – ik jou/ de rivier is ons huis



Osdany Morales

(Nueva Paz, 1981)

Marcel Proust es invitado a participar en una antología de autores de su generación

¡WTF!, bufó Marcel al terminar de leer la invitación, corriendo de una punta a la otra del cuarto sin saber dónde soltar el papel que le quemaba la yema de los dedos: no me dicen quiénes más van a estar, ni cuál es la editorial, pagan con dos ejemplares mohosos del supuesto libro y piden que mande tres cuentos inéditos antes de fin de mes para seleccionar el que más se ajuste al grupo, ¿qué pinga es esto?, nada de lo que estoy escribiendo ahora les va a interesar a esos comepingas, además quieren que añada nota biográfica, ¿para qué me invitan si no pueden ni rellenar una nota biográfica?, iyo no sé hacer una nota biográfica!, yo puedo escribir siete tomos reinventando mi vida pero no tres oraciones *pingajeras* hablando de mí en tercera persona; apagó la bujía y esperó a que la vista se le acostumbrara a la oscuridad de la noche, en la ventana que daba a la calle se definieron los planos grises de unos muros perimetrales; es como recibir la invitación a un salón donde el resto de los invitados es un secreto, le escriben a todo el que les pase por la cabeza hasta llenar un número de páginas y con los que respondan arman el libro, no revelan la lista porque si alguien dice que no, quedan en ridículo por haber divulgado una antología inexistente, ¡un salón donde los invitados son una sorpresa no es un salón, es una emboscada!, ni falta hace que me digan quiénes van a estar, puedo imaginármelos uno a uno.

Se recostó al marco de la ventana y mentalmente enumeró la lista de quienes habrían recibido la misma carta: Romain Rolland, haciéndose el fluvial y mandando más palabras de las que piden para acaparar páginas; Henri de Régnier, versificador parnasiano a morir, pero si lo invitan en un santiamén se vuelve narrador; la guanaja de Colette con su fundidera; Alfred Jarry, que daría un riñón por ser moderno solo porque cree vivir atrasado; André Gide, al que los dioses le dejaron el don de la escritura pero no el de la lectura, que es el más importante; el bucólico Henri Bordeaux y sus cuatro matas; Marie de Heredia, la única razón por la que aceptaría estar ahí, si aceptara, porque no voy a aceptar; Gaston Leroux, publicando por enésima vez el primer capítulo de *El misterio del cuarto amarillo* —ven a resolver el misterio de vivir en este cuarto escribiendo del tiempo perdido a ver si de verdad inventas un género nuevo—; Pierre Louÿs,

me apuesto lo que sea que tendrá un cuento de singadera que tratará de pasar como traducido del griego por él mismo según el manuscrito de una cortesana que vivía al doblar de la cuadra de Safo; Pelo de Zanahoria Renard, también incluido; Anatole France, que no es ni de esta generación pero con tal de publicar manda cualquier plastita adonde sea; Léon y Lucien Daudet, invitados solo por halagar al padre, que no va a leerse la introducción de la antología y menos los cuentos de sus hijos; y el otro y la otra y el otro...

Dos males se comen por una pata estos años literarios: antologías y entrevistas, pensó Marcel, mientras encendía otra vela en el escritorio. Quien valore su tiempo no debería participar en ninguna de las dos, como protesta. ¿El cuestionario que lleva mi nombre? Tremenda caca. Quince años tenía cuando respondí el primer cuestionario, ¿cómo iba yo a saber que yo era Proust? Lo único que ha acabado gustándome de aquella página es que las preguntas están en inglés y yo las respondo en francés y en el cuadro queda un diálogo donde nada se soluciona. En algunas no estuve seguro de qué preguntaban; me orienté por palabras sueltas o por la sintaxis: la palabra que se escapaba la rellené con una suposición de lo que se debía estar escapando. ¿No es esa persecución la lectura en la infancia, ir agujereando las oraciones a la espera de que la experiencia imponga un sentido común? El resultado del cuestionario que lleva mi nombre es un cuadro vanguardista. A la izquierda, las preguntas en una tipografía rígida y de impresión uniforme; a la derecha, mis respuestas caligrafiadas (trazos borrosos con tinta desbordada) formando una marea o un cerro de montañas o, mucho mejor, dos ejércitos que se enfrentan vistos desde el cielo. Hubo como cuatro preguntas que dejé en blanco porque no las entendí. Mi padre recomendaba dejar cosas en blanco. Si no te sabes una pregunta no la respondas, me dijo una vez desde lo alto, porque eso quiere decir que no sabes lo que te preguntan y menos aún lo que estás respondiendo. Con los años me he dado cuenta de que eso no quiere decir exactamente lo que él creía; por el contrario, quiere decir que no existe nada que el ser humano se pregunte sin antes haber escondido la respuesta. Así que mi respuesta es no, no coman tanta tranca, no voy a participar en la antología, gracias. Prefiero guindarme de una guásima.

Acercó la invitación a la llama de la vela y la prendió por una esquina. El escritorio se iluminó y la carta se volvió un cuervo de fuego que Marcel dejó caer al piso y pulverizó a pisotones. El cuestionario no es famoso porque lo haya respondido yo, volvió a sus pensamientos; es célebre porque no hay que saber absolutamente

nada del entrevistado para someterlo a un interrogatorio. Hoy a un escritor le preguntan cualquier estupidez, las cuestiones más machacadas de la literatura o de Francia, y con tal de salir en una entrevista, va y las responde obedientemente. En la misma lógica de la antología, la entrevista es para llenar espacio. Al entrevistador no le importa lo que digan; las preguntas vienen preparadas y el entrevistado solo rellena ese vacío, como completa un lector inexperto la palabra desconocida en una oración larga. Lo peor es cuando agarran las respuestas y las usan como material libre de derechos; borran sus preguntas y hacen una mezcolanza entre la introducción que han preparado y lo que uno dijo, en lo que creen que da como resultado una ¿escena? Una chapucería donde uno acaba hablando solo, diciendo banalidades que solo se ha atrevido a pronunciar porque se lo han preguntado. O cuando agarran cualquier frase que les suena rotunda y la clavan de título y los lectores creen que uno tiene la voluntad de ser el abanderado de semejante obviedad. ¿Pueden hacerse todavía entrevistas?

Recordó su frase favorita de los cuestionarios nada proustianos de una revista de falso linaje parisino. Un comentario sobre el paso del tiempo, sus dolores y sus fantasmas, sobre los años y los hechos que vienen con ese milagro de receptividad de ser algo que un día se dejará de ser. Marcel pensó en la respuesta de Paul Auster para su entrevista en *The Paris Review*; pensó en lo que, según el entrevistado, le había comentado sobre esos temas su amigo, el poeta George Oppen, al hablar de la adultez: “Qué cosa tan rara para que le ocurra a un niño pequeño”. ¿Por qué no puedo yo tener amigos poetas así, protestó Marcel, que me suelten esas barbaridades para poder repetirlo luego en alguna entrevista mía? Todos están en la comepinguería de ir al salón a que los vean. George y Paul conversarían en inglés, pensó Marcel, pronunciarían en inglés la frase original, que es mucho más demoledora. Mi madre la traduciría mejor que yo; mi madre hasta la diría en voz alta mejor que yo y si me la dijera a mí al verme entrar a su cuarto hecho un adulto encorvado, pensó Marcel, sería el mejor regalo del día: mi madre interrumpiendo su desayuno al verme para decir en voz baja, solo para ella: “*What a strange thing to happen to a little boy*”. San Agustín tiene una línea parecida en sus *Confesiones*: “Mi infancia está muerta hace mucho, pero yo sigo vivo”. ¡Apaga la bujía y vámonos! Mientras pasearse por el salón tiene cada vez menos sentido, más se mata la gente por exhibirse allí, y más rastrera se vuelve la cacería por el coeficiente social. Qué asco las redes sociales; prefiero quedarme todo el día en la cama y escribir por la noche. A estas alturas ni publicar vale la pena,

solo queda escribir; y ni siquiera escribir: escribir se parece cada vez más a pensar. Solo queda, y solo se parece a la emoción original de la escritura, pensar, pensó Marcel.

Con la vela en una mano caminó por el lado de la cama para ver el reloj. La luz se asentaba y subía hasta llenar el dormitorio. Pensó que desde afuera se vería una línea amarilla bajo la puerta y que quien se asomara al pasillo supondría que detrás de ella él estaba despierto. El reloj decía que era la una de la mañana. Imaginó que su cuarto se separaba de la casa. El planeta giró y se alejaron de la llama la mansión y los muros perimetrales, los campos, los viajeros trasnochados, los animales dormidos, los cultivos enraizados y los trenes veloces, el cubo donde él permanecía encerrado seguía unido a la noche, aun con la arista de luz por debajo de la puerta cerrada, traspasando todo tipo de regiones oscuras, flotando en el océano alumbrado por trasatlánticos, abriendo un surco en la arena de la primera tierra que se interpuso. Voy a pensar el cuento de la antología, o pasajes del cuento, pensó Marcel; voy a pensarlo hasta sus últimas consecuencias, pero no voy a escribirlo. Voy a imaginar a un niño antes de que le ocurra la cosa extraña de la que hablaban George y Paul, y que ya me ha sucedido a mí, y lo voy a lanzar a los próximos cien años, fuera de París, lejos de Europa, remotamente, donde se haya detenido el cubo de mi cuarto con una línea de luz bajo la puerta.

No puedo imaginar una capital en los próximos cien años sin hacer el ridículo, pensó, pero sí puedo anticipar el campo porque allí los siglos no tienen urgencia. Puedo suponer una sociedad donde las castas de la aristocracia se hayan aplanado tras alguna batalla y como experimento pueda verse, entre lo nuevo, lo perpetuo. Volvió a la mesa, soltó la bujía y levantó varios papeles escritos. ¿Dónde está el mapa que me regaló Marie de Heredia de esa isla donde dice haber nacido su ilustre padre? Marcel imaginó a un niño sin rasgos, una silueta de un solo color recortada contra el escenario de una calle polvorosa; todo a su alrededor quedaría recreado al detalle, menos él, que sería reconocible por sus contornos: el pelo movido por el aire, las esquinas de la ropa escasa, la protuberancia de algún hueso. En un legajo de manuscritos encontró el mapa de la isla. Si lo instalo en Santiago de Cuba va a ser muy evidente la deuda al parnasiano, mejor alejarme a la otra punta. Mientras deslizaba el dedo por el papel, el cubo de su cuarto se movía sobre la isla cruzando los arcos de los nombres de lugares, de ríos, sabanas y pueblos, tipografías solapadas que conservaban la unidad de sus títulos por la distancia entre las letras y la orientación de la lectura. ¡Qué nombre más pastoril y creído, con dos palabras!, pensó al detenerse en el hallazgo.

Es perfecto. Nueva-Paz, leyó en voz alta hincando la uña por debajo de las letras. Combray es mejor, pero Combray no existe.

Así como oigo yo silbar los trenes en la lejanía describiendo la extensión de los campos desiertos, pensó, él oirá en su noche futura los camiones silbar por una carretera negra de ocho vías, e intuye que la isla de este mapa que tengo bajo el dedo es alargada. Desde hacía varias guerras existían los transistores y se podían escuchar voces en cualquier parte; a su familia se le había ocurrido, para distraerlo de la oscuridad, regalarle un radio portátil: un ortoedro rojo y negro con proporción de ladrillo, y una rueda en una esquina para sintonizar las estaciones. Esta solución de diseño hacía que él percibiera la cama como el centro de un disco desde donde orientaba las señales, el punto donde se cruzaban todos los diámetros y cada vez que con un dedo en el canto de la rueda la giraba en un ángulo estrecho, la línea que partía de su almohada peinaba el territorio en una cuña, fina al salir de él, pero en la distancia, más allá de las luces de Nueva-Paz, acaparaba parcelas de una anchura desmedida. Cuando el diámetro de la escucha barría el escenario nocturno, los animales callados levantaban las cabezas y veían cruzar una hebra dorada que estremecía las hojas de los árboles. En las frecuencias sin transmisiones oía el incendio monótono de la estática como la escritura caligráfica de una interminable ch, registrando sobre el campo los campos magnéticos, los fenómenos atmosféricos, el choque de las nubes sombrías, las tormentas eléctricas remotas y un ruido que no viene de la Tierra, ni de la galaxia, sino de cada una de las partes del universo: el eco de la explosión original. Mientras el dial giraba lentamente y comenzaba a acercarse la nitidez de un diámetro, las palabras iban apareciendo hasta conseguir la alineación perfecta para recuperar una voz. Algunas noches encontraba otras lenguas, canciones, frases en inglés que podía reconocer pero no entender, como yo ante algunas palabras del cuestionario (George y Paul podían haber hablado una de esas noches y él no los hubiera entendido). Al cruzar la estática oía conversaciones de personas distantes que hablaban para que otros los oyeran, aunque no se dirigían a los oyentes y los oyentes no podían responderles, incluso cuando —en ocasiones— les hablaban directamente. Tal como la literatura, pensó Marcel.

El radio traía escrita una palabra que era la marca del artefacto y, al mismo tiempo, un signo de futuro cuyo significado estaba entonces a punto de perderse y ya simbolizaba otra cosa, repetitiva, uniformada, automatizada, que lo identificaba a él en un escenario de aprendizaje. La palabra era Pionero, y lo incluía. El disco mayor, concéntrico a la rueda en el vértice del ortoedro rojo y negro, no se

ajustaba a la geografía alargada que él intuía por los silbidos de los camiones en la noche de una carretera negra de ocho vías. La órbita se salía de la franja de tierra y avanzaba en los mares del sur y del norte, y cortaba otras penínsulas vecinas dentro de su circunferencia. Al girar la rueda desde la cama, el diámetro de una estación sintonizada se volvía la luz de un faro milimétrico sobre el lomo de la marea y delineaba los botes que en el sur se mecían en la pesca ilegal de la langosta, y los botes que en el norte tanteaban la fuga hacia territorios contenidos también en el rango de los discos concéntricos de la rueda del equipo portátil con la palabra Pionero. Había noches en las que el círculo se abría tanto que excedía el hemisferio y se cerraba del otro lado de la esfera en un aro que pasaba desapercibido como un resplandor.

El niño experimentará durante la tarde el terror de un mito, los rumores de una divinidad barbárica o que resonará barbárica desde su nombre de santa—una santa bárbara—, una figura deformada por años de modernidad que la vincularían a cultos sangrientos para discriminar a sus creyentes, sin considerar que en el campo las historias ganan una fuerza imprevista y resisten los siglos girando sobre sí mismas. Una vez al año la santa pedía entre sus ofrendas corazones de niños; sus emisarios esperaban el atardecer para atrapar a las víctimas en la calle y apuñalarlas en el pecho. Esta versión se mantenía en secreto entre los potenciales donantes, que no se animaban a corroborar los rumores con sus familiares por temor a que los expusieran a la confrontación o que la confirmaran como una ceremonia legítima de la que ellos en su momento habían escapado —aún si lo hubieran disuadido, hubiera creído que el poder de la santa era tan soberano que los adultos, por respeto, no revelaban los hechos para no empeorar la situación durante los días en que se le celebraba la vendimia—. Los rumores comenzaban a levantarse en una misma temporada cada año, cuando anochecía más temprano y la luz del sol acuchillaba el pueblo a ras del suelo; el aire se teñía de violeta, dejaban de volar las auras y el cielo se estiraba hacia terrenos infinitos que reducían las dimensiones de Nueva-Paz hasta hacerlo un asentamiento del tamaño de una piedra. De esa transformación en el orden de las cosas eran testigos los pioneros. Se hacía de noche a una hora en la que todavía regresaban de la escuela a sus casas, corrían en las calles vacías, disputaban con sus juegos las fuerzas ocultas que se habían apropiado del tiempo. Soplaban un viento primitivo que les secaba más rápido el sudor, les enfriaba las piernas y fortalecía su resistencia; todos los días a esa hora de la tarde, algún desconocido intentaría robarles el corazón para hacer una ofrenda.

Las madres de quienes vivían fuera del pueblo —en los terrenos

por donde pasaban las líneas de las estaciones de radio—, les prohibían volver solos como hacían el resto del año, y empezaban a aparecer al final de las clases para llevarlos en persona de regreso a sus casas. Había un entendimiento entre las maestras y las madres que tomaban esta decisión, al verlas aparecer tímidamente en la puerta cuando se acercaba la hora de salida. Los que vivían en el pueblo, como él, quedaban desprotegidos, a la intemperie de una noche rápida y unas cuadradas desiertas que debían atravesar atentos al primer indicio de un enfrentamiento. Entre sus compañeros de aula se avivaba el miedo. Por las mañanas contaban historias de vecinos desaparecidos; uno juraba que la noche anterior le habían hecho señas desde un carro, otro había visto en un callejón a un hombre con un puñal. Nunca pasó nada. Las anécdotas exageradas pertenecían al mundo de quienes las contaban, creyéndoselas ellos mismos. Un nuevo grupo las recuperaría el año siguiente por las mismas fechas. Quedaría el terror vacío de estar indefenso, querer crecer y poder protegerse o crecer y hacer que el corazón dejara de parecer la ofrenda de una santa; quedaría la violencia del relato, la impresión de que nadie estaba al tanto del miedo que recorría las calles cuando el sudor se enfriaba; quedaría la fuerza de lo que no es real ni metafórico. Flotaría algo poderoso como una santa bárbara: la ficción habitada, pensó Marcel dentro de su cuarto con una línea de luz bajo la puerta, encima de un pueblo en el mapa de una isla donde apoyaba el dedo para imaginar una historia que no escribiría.

Pero el terror de la tarde y la imaginación nocturna no son nada si no se custodian por una salud tambaleante. Las alergias que deberán escoltarlo por poco tiempo brotarán en los años en que le sucederá la rareza desproporcionada para un niño. Su cuarto quedaba al fondo de una casa que se había ido construyendo por épocas; antes que dormitorio fue cocina, años que habían sido olvidados por los muros y era difícil reconocerlo como lo que una vez fue. La cabecera de la cama daba a la última habitación, una bodega donde se almacenaban sacos de arroz de la tierra sin descascarar que almohadillaban la pared hasta llegar al techo. El padre trabajaba en plantaciones al sur de Nueva-Paz bajo el título de operador de equipos pesados, aunque las veces que lo acompañó le parecía que su padre iba a la arrocería a perder el tiempo. Por sus operaciones le correspondían sacos de arroz (no menos pesados) que terminaban en la bodega con la que su dormitorio compartía un muro. El arroz sin descascarar es una cápsula minúscula y crujiente, rodeada de polvo, que hinca por los dos extremos. Los sacos atrincherados liberaban esporas, puntos flotantes que brillaban a la luz del sol. Esa constelación ingrátida

se expandía por los huecos del arquitrabe buscando una cocina fantasma y rellenaba el cuarto. Mientras dormía, los puntos orbitaban sobre su cabeza y él acababa respirándolos uno por uno; noches después, tragado ya todo el polvo posible, comenzaron las faltas de aire.

Al apagarse las luces se cerraba su garganta. El silbido del aire arrastrado por las fosas nasales iniciaba un conteo de aspiración que retumbaba en todo el cráneo. Se le encogía el pecho, se le secaba la boca, enrojecían los párpados y se hundían los ojos. Perdía el habla. Comenzaba a balbucear un discurso en la lengua del arroz, practicada en los campos sumergidos por el agua turbia, cuando las espigas se doblan por su peso y el viento las sacude. La saga del arroz contaba un argumento digresivo y cíclico; arrancaba anacrónicamente en los humedales de Guanamón donde pasaba el día su padre, y emergía por el delta del Níger y por la isla de Madagascar, bajaba las terrazas japonesas de Hoshitoge y Hamanoura, y las excavadas en el monte filipino Ifugao —si la realidad fuera una simulación se revelaría en las terrazas de arroz, pensó Marcel—, seguía por Yuanyang superando la pintura moderna, y por los campos de El Espinazo del Dragón en China, Chiang Mai en Tailandia, Ubud en Bali, Sri Lanka en el océano Índico, y avanzaba en regiones de Mesopotamia, desgranándose hacia Europa desde Egipto, en las islas del Mediterráneo y en las penínsulas y luego tierra adentro hasta navegar a América con la Conquista. Cuando la saga había habitado el planeta, en una nueva era sin escrúpulos que el arroz llamaba, entre aspiraciones, el oryzaceno, en la cama habían comenzado a brotarle de la piel las primeras espigas y, en poco tiempo, el pellejo sudado era un pasto de hebras verdes que emergían de cada poro. Levantada por el eco de sus esfuerzos respiratorios, la madre lo sacaba de las sábanas. La luz impulsaba una retirada de los cultivos, y antes de que pudiera verlos quedaba solo la piel mojada y terrosa. Llevaban su cuerpo a un antiguo cuartel militar convertido en clínica gratuita, donde lo sentaban en una silla metálica en la que décadas atrás interrogaron a varios sospechosos, y allí, semidormido, respiraba un humo blanco y frío que le iba devolviendo la forma a los pulmones. Pocos años después la familia mudó su paradero, sin saber que al destinar los sacos a una casa de zinc en el fondo del nuevo patio, su respiración cambiaría. Ya no había un muro poroso que conectara su cama con el arroz; con el patio como obstáculo, las esporas no lo alcanzaban y de las noches en que las plantas le salían por la piel solo quedaban unas espigas asomadas en el labio de arriba silueteando la sombra de un bigote. Ya había comenzado la cosa extraña.

Al ver que los problemas respiratorios habían terminado y al advertir la sombra del bigote dejada por las espigas en las noches de asfixia, su padre decidió que vigilar las mantas de arroz al sol era una labor de la que podía hacerse responsable. Si quería verlo de otra manera, cobraría una venganza hacia los granos por haberlo torturado con el polvo. De madrugada, al salir a operar equipos pesados, su padre comenzó a dejar frente a la casa una lona con los sacos ya vertidos para que él los removiera durante el día. Antes de pillarlo en un molino en la parte más remota de Nueva-Paz, el arroz debía secarse varias veces hasta eliminar toda reserva de humedad. Según se hubiera secado, salía más o menos entero; por una canal temblorosa caían los granos pálidos, por otra recogían la paja para usar de relleno al alimentar un puerco doméstico que en algún punto de su existencia sería apuñaleado. La ausencia de tráfico por la calle en que entonces vivían, permitía que la manta ocupara parte de la vía sin levantar protestas.

Al asomarse a la puerta veía la alfombra amarilla del arroz al sol. Debía vivir atento al clima: cualquier llovizna estropearía los granos y varias veces tendría que correr bajo un cielo nublado que prometía tormenta. Para recogerlo levantaba uno tras otro los vértices de la lona y caminaba sobre las semillas hacia el centro del cuadro. Los pliegues dejaban una colina dorada que él debía recoger con una lata e ir llenando los sacos hasta coserlos con una hebra de yute ensartada a una aguja de hierro más larga que la palma de su mano. Los mismos sacos, al día siguiente, amanecían extendidos al sol. Su padre era capaz, con la ayuda de un impulso semejante al de dos que se alistan para lanzar un cuerpo al río, de echarse un saco de arroz sobre un hombro. Para él, que los arrastraba con esfuerzo tirando de las dos orejas, le parecía que esa sería la señal de la inmortalidad de la adultez: soportar el peso de un saco sobre uno de los hombros; también sentía (profundamente) que si esa era la medida de la inmortalidad no la alcanzaría nunca. El ritual de rastrillar los granos mientras los hacía crujir con sus pisadas, le daba señales de haberlo dominado. Pero el arroz no había terminado con él. Mientras doblaba una esquina de la lona o hundía la lata en la pila y la vertía en el saco, el polvo de los años anteriores se levantaba e intentaba rozarle una mejilla.

Una mañana despertó con fiebre y no fue a clases. Al mirar por las persianas del frente descubrió que lo esperaba la manta extendida. Desde el patio, el cielo se veía despejado; no corría el aire, no volaban las auras. Entró a la casa de zinc donde se guardaban los sacos vacíos que, por estar ya vertidos, dejaban visible un almacén de trastos licenciados de sus funciones o solo pospuestos en un orden

que la mudanza había restablecido sin incluirlos. En la claridad que se filtraba por el zinc reconoció lo que parecía un ladrillo rojo, olvidado en una estantería de madera: el radio con la palabra Pionero. Al bajarlo se le empolvieron las manos. El arroz había desplegado su ejército de esporas, había entrado por los huecos de la bocina, tupido las redes negras y consumido la batería. Lo sopló por las seis caras. El puerco enjaulado en el fondo del patio se rascó el lomo contra las cabillas con agresividad, como si en ese instante hubiera acabado de atar los cabos y visto su futuro. Las gallinas adelantaron las horas y saltaron a los gajos donde dormían. Él salió a la calle, y de frente a la manta decidió activar el hallazgo. Encendió el radio. No se oía nada. No se oía nada que saliera del artefacto que tenía en las manos; en la lona comenzó a producirse un hervor. La cáscara de los granos zumbaba. Con un solo dedo giró el dial lentamente y frente a él el plano de arroz se despegó del suelo. Al mediodía nadie recorría el pueblo; los operadores de equipos pesados cumplían sus jornadas en tierras periféricas y las oficinistas quedaban encerradas hasta la tarde; las amas de casa se miraban las manos a esa hora y los ancianos cerraban los ojos; los de su edad se sometían al aprendizaje en aulas calurosas. Las calles estaban vacías. Al nivel de su pecho, por encima de la lona, se había levantado una parcela de arroz desgranado. Movié la rueda en un ángulo agudo y las semillas se distanciaron entre sí, sin perder altura, superando en extensión a la manta. La giró más y se esparcieron por toda la cuadra. El sol bajaba por entre los granos y sombreaba la calle con puntos de luz. Rodó aún más el dial y las semillas se separaron; comenzaron a extenderse por la retícula de Nueva-Paz, un pueblo construido a cordel como dictaban las ordenanzas del damero. La red del trazado colonial resplandeció con los granos flotantes, imantados por la potencia en sus manos de operador de equipos ligeros. El zumbido se debilitaba. Torció la rueda y el arroz se desbordó en un círculo superior al pueblo, un disco cuyo centro comenzó a ser el tejido menudo de arterias vacías. Lo giró hasta el final y el círculo salió de los márgenes de la isla alargada. Al nivel de su pecho, sobre el oleaje del sur y del norte flotaron las semillas de arroz sin descascarar de la tierra y se tendieron por encima de otras demarcaciones, más allá del Caribe. Por encima de la manta quedó suspendido un solo grano afilado e inmóvil. Él se acercó y lo levantó con un dedo; lo dejó caer y el arroz voló hasta su coordenada. Recogió el dial rápidamente en sentido contrario y el círculo se fue cerrando. Los granos corrieron por las calles, entre los cuadriláteros de las manzanas, en una retirada contraída hasta acabar unidos, flotando sobre el perímetro de

la manta. En el centro había quedado él, descamisado. La sábana estática le rozaba los hombros, el pecho y la espalda, como si se hubiera sumergido en un río donde flotaran plantas. Por debajo de las semillas, a la sombra, sujetaba el radio en una mano; había acercado a la lona los sacos vacíos, los cordeles y la aguja de hierro pues ya creía dominar el secreto de la lengua del arroz y esperaba que le obedeciera (tal vez no tuviera que cargarlos al hombro). Pero la recogida traía su inercia y aunque por un instante flotaron a su alrededor, una vez recuperado el rectángulo inicial siguieron contrayéndose hasta armar una figura donde no dejaban de circular los granos de oro en el preciso volumen de una divinidad barbárica que lo superaba en estatura. Dio un paso atrás y apagó el radio. Buscó la posibilidad de un testigo que deshiciera la presencia milagrosa. Movi6 la rueda para tantear una respuesta; la efigie de arroz ya no seguía las órdenes del dial. La santa se le acercó. Intercambiando posiciones, las semillas bajaban en un manto afilado y subían hasta una corona mutante; cada grano, idéntico al otro, era todos los puntos que hacían la forma y uno solo. La vista no le alcanzaba a seguir la velocidad de los movimientos sutiles de la aparición. Cerró los ojos; algo fino y rígido lo golpeó en el pecho. Con un brazo de arroz la santa empuñaba la aguja, clavada ahora en su carne, de donde sacó el corazón prometido en tantas tardes prematuras. Él abrió los párpados y subió la vista al cielo despejado. El sol le aguló los ojos. Vio latir su corazón en un puño de arroz y lo vio perderse dentro del cuerpo revolucionado de la santa. Por fin, su estatura se derrumbó; los granos cayeron hasta acomodarse al contorno de la manta. No llovería. No había necesidad de guardarlo hasta más tarde.

La noche se había reducido a una sombra arrinconada en el interior del cuarto. La línea debajo de la puerta había perdido definición al fundirse con la claridad de los pasillos; pronto otra línea de luz semejante forzaría su entrada al interior del cubo. Marcel apagó la bujía de un suspiro (ya no alumbraba). Miró a su cama otra vez visible. Aunque no las tocara, sintió el frío de las sábanas. Se detuvo a admirar el marco de luz que filtraba el sol por la ventana abierta y acostaba sobre la cama y contra la pared otra ventana, rigurosa y deforme. No le importa la fidelidad a las líneas por donde pasa, pensó; lo proyecta todo según se le interponga la realidad, tal como la literatura. Desde la pared en la que se apoya mi cama y a la que me recuesto a veces para sentir en la espalda la firmeza del cuarto, se descuelga ahora una ventana de luz que en su distorsión contiene todos los detalles, las hebras y los pliegues de la cortina y convierte el muro en una seda. Por esa ventana saltaría yo, pensó Marcel.

Por esa ventana escrita con luz llegaría más rápido al niño del futuro que camina por un pueblo en un mapa que me regaló la hija de José María de Heredia. Luego de dejar en la calle la manta de arroz y devolver el radio a la casa de zinc, pasará unas horas en silencio. Existían las palabras para lo que había vivido pero no sabía pronunciarlas, o no quería; cuando no se sabe ni se quiere pronunciar palabra se está a un paso de la escritura. Marcel levantó el dedo del mapa. De la misma forma en que yo he preferido pensar toda esta historia sin redactarla, pensó, la escribirá él para no escucharse decir que todo su tiempo había colapsado y había perdido el corazón. Tal vez no la escriba esa misma tarde (no podría). Debería hacerlo cuando se acerque a mi edad, cuando este argumento sea para él la silueta de una memoria que entonces finalmente pueda escribir, porque no está ocurriéndole; cuando sea el recuerdo que yo imagino para el futuro como la posibilidad de no participar en una antología ni la cabeza de un guanajo, pensó antes de cerrar la ventana y acostarse a dormir. Escribirá bajo luces de su tiempo, una fuente que no será la luminiscencia de la luna, ni del sol, ni de la bujía que hace unos minutos trazaba la línea debajo de mi puerta; será la luz que venga de la página misma, la página en blanco hecha una pantalla alumbrándole la cara como si escribiera mirando al núcleo de una estrella, pensó al poner la mejilla en la almohada, y la oyó crujir y pensó en los sacos de arroz que había pensado. Hundirá las manos en un alfabeto iluminado, pensó, y sentirá la sábana que rozo —con el mismo dedo que antes recorrió un mapa—, que es el papel en blanco del cuento que no escribo. Compartimos el tacto ahora que yo me duermo y él termina de escribir con sus dedos en el vacío y triangula las letras que la componen cuando yo pienso la palabra fin.

Oscar Cruz
(Santiago de Cuba, 1979)

Escario's Misery Center

si penetras al Escario's llegas a ver
los magros tenderetes
ocupados por la Crema.

aquí
lo deshuesado
las cuadernas
los perniles
más hediondos
del sistema.

una vieja delirante que te dice:
"yo lo vi y lo que vi, no te lo miento
aunque por ver y decir se fueron miles".

escenas
como de guerra:

pendones
morteros
estandartes

y siempre a tu derecha
hay tres o cuatro tipos
que cuentan los billetes.

cruzas una acera
y accedes a la carpa
donde yacen las malangas
los ajíes, las cebollas
que se enrollan
y atenazan
las cabezas.

clarias que van
perras que vienen

la camándula viva
desbordando
su retrete.

si te arriesgas
descubres que

los prajos
los perniles
los bistecs

solo afirman
la política del jefe.

vete a casa
con tu mierda
a poetizar

que ellos
cuentan y ejecutan
los billetes.

**At Bat/
la hora feliz**

despiertas
con ganas de batear
bolas vacías

y piensas
en el moño occipital
de tanta y tanta
gente

malograda
en proferirte
porquerías.

penetras
en la jaula de bateo
y observas cómo
salen

cabezas
 hacia
 el *center*
 hacia cabezas
 el *right*
 cabezas

que restallan
y enardecen
graderías.

te sientes un Orestes
un Stanton patizambo
de provincia

pero sabes
que no eres ni serás
un elegido.

tú eres
cuando más aquel cretino
que fallaba chapitas
contra el tipo que calzaba
a la vecina.

fue así

cómo los buenos poetas
aprendieron a golpear los pensamientos
más cortados y
terribles

es así

cómo los malos
aprendemos a fallar.

un hecho que agradeces
por su propio bien

y
también

por
el tuyo.

Fórmula 1

cuando ves esos cabrones correteando
a través de la avenida
en sus viejas tartavietas

te preguntas:
en qué filosofía vive
toda esa gente

qué nobles
sentimientos los animan
a querer exterminar

la vida
comatosa de
la plebe.

ni fangios
ni chapos
ni McLarens

sino
—simple y llanamente—
neocretinos
con deseos
de ganar.

lo que más
te gusta de ellos
es que siendo como tú
hijodeputas

nunca
has visto hijodeputas
tan sonrientes
como ellos.
en sus caras
ves la risa pero no
la falsedad.

su relajo consiste
en serruchar, ponerse
a la cabeza.

he visto esos cabrones
y te he visto; he visto ambición sin lucidez
en formas diversas.
si te rayan en la curva
no te endrames

existen
muchos yeguas
así

también

salvajes.

Fight Finished

cuando Flores
lo aceptó
ya no era primavera.

un piquete escarnecía toda La Franja
y sus cuatro bombochíes
ya lo habían liquidado.

ocupado solo
de sí y forzado a *disappear*
como un mohicano

no lejos
de la costa estrenó
su pastoral

no era el Ícaro de Brueghel

era el solo de Juan Carlos

ahorcándose.

Pablo García Casado

(Córdoba, 1972)

Reality

En realidad, no ocurre así. No te abordan dos desconocidos, no sonríes, no quieres hacer un *casting* para una película. Ni por doscientos euros, ni por trescientos. No quieres subir a ese coche. No quieres hacer el *casting*, ya sabes para qué es el *casting*. Pero estás en Gran Vía, y sonríes, y subes a ese coche, *sí, por qué no*. Y haces el *casting*. Y sabes qué vas a decir, que has estado con algunos chicos. Con chicas solo una vez, en una fiesta, *con Juani, mi mejor amiga*. Que tenías un novio, que lo habéis dejado porque era un poco celoso. No tienes fantasías, bueno sí, las tienes, todo el mundo las tiene. Que te abracen bajo la lluvia. Pero dices trío, *gangbang*, hacerlo con un negro. Hablas de ello a la cámara, dices que te gustaría con un negro. Y aparece Leroy, con gafas de sol y camisa hawaiana.

Mute

Están hablando de sus cosas. Han cerrado la puerta del despacho, dicen que no les molestemos. Rosa me habla de la comunión de su hija, de lo que cuesta el traje. Que no puede ir a los cursos de la parroquia, que su exmarido lo va a celebrar por su cuenta y va a llevarla a Disneyland París. Otro hombre entra en el despacho, tiene aspecto extranjero. *Están hablando de nosotras*.

Wedding

Has viajado 300 kilómetros para vestirme como ellas, para pintarte como ellas. Para ser ellas también por unas horas. *A tu prima le hará ilusión*, pero ya casi no conoces a nadie. Te acuerdas, eso sí, de las avispas del pantano. Del calor y los secarrales, de la piscina municipal y la carretera. Cuando volvías de fiesta, sola o mal acompañada. Tus primas te preguntan *qué es de ti, estás muy perdida*. Tus primas y sus hijos y sus tareas escolares. Y sus maridos viejos, pegados a la barra libre, todos lo saben. Tus primas, sus maridos. Y tú sabes que lo saben.

Extreme

Hasta dónde te puedes dejar hacer. En qué momento dices no, ni por todo el dinero. Cuál es el límite del dolor y la obediencia. *Eso nunca lo sabes. Nunca llegas a saberlo.*

Nueva ventana de incógnito

Noches de párpados abiertos, de pasos en la oscuridad, de portátiles encendidos. De pijamas que se entreabren buscando no un paraíso, tampoco una respuesta, solo un bálsamo. Para volver al hueco que dejan las sábanas, a la tensa respiración de los hijos. Al libro de familia.



Laura pierde el control

Mi teoría de por qué el universo aún no había estallado se confirmó cuando mi padre, beisbolista de arte menor, le dijo a mi madre, este (y a mí, refería) nos cambiará el final de la historia.

Los insurrectos

Viendo que Batman solo servía para volar por el delta de un río brumoso, o para decirle a Robin (en clave Batman) que lo ama y solo deben esperar a que termine la maldita película.

Conversación con el gato filosófico

El primer hombre en la luna no fue a la luna sino a la casa de Lezama Lima, y le dijo, maestro, cómo se llega a la luna, y Lezama Lima le respondió: hablando mal de tus maestros.

Quienes comen del ciervo herido

Llamo al elogiado poeta de las mil voces y le pregunto si puede morirse de solo proponérselo, y el elogiado poeta de las mil voces responde que hasta para eso tiene mucho talento.

Yo estaba en la casa de mi abuela cuando sucedió

La primera vez que le dije a mi padre voy a ser como ese tipo suicida y una foto de Ángel Escobar, desparramado por una especie de resplandor sísmico, era la comidilla de muchos en La Habana.

Cuando estuve con Guadalupe y José Kozér en un almuerzo en Vero Beach

Los poetas muertos hablan a nuestras espaldas, pero lo hacen para bien, dijo él. O para deformarnos, que es una manera de conquistar la relación ulterior, dijo ella.

Detrás había un mar, y antes un campo de setas, y antes una empalizada y la carretera que metía en similar ruta a banqueros y poetas, a pensionistas y a unos payasos tan deliciosos como el graznido de un animal que sabemos cercano.

Aleisa Ribalta

(La Habana, 1972)

En su cabeza se oía el mar

A veces aún puedo escuchar batir el mar
la extensión de los campos
iinmensos!
CHUS PATO

En su cabeza se oía el mar
como una daga
como el grito
como la última mano
que separa, dice adiós
no devuelve los préstamos
no recuerda que un día
fueron siameses
y jugaron
una partida
a ganar
los dos
perdiendo
allí, juntos.

(observa cómo los animales plásticos de la granja
se colocan a su antojo ya sin poder evitar el caos)

En su cabeza se oía el mar
como un suspiro
como el sueño
como lo que regresa
de muy lejos
cargado de misterios
se revela
deja cubierto
de una inescrutable
nata de artilugios
varios
desconocidos
toda la costa.

(viste por primera vez la Coca-Cola en forma
de botellas vacías flotando hacia la nada)

En su cabeza se oía el mar
como un diluvio
como el llanto
como el que llega
por fin de donde nunca
partió, sigue las invisibles
huellas de
lo imaginado.

(ves al niño que fuiste que pregunta
quién nos va a devolver estos años)

Y allí, del otro lado
de ti mismo
solo quieres
una vuelta
en bote
por los cayos
vacíos
del recuerdo.

(y cruje el pargo que se quedó intacto
sin freír en la nevera de qué tiempo)

Nucífera verdad

Una flor de loto puede dormir
pero abrirá los pétalos
tarde o temprano
desde y dentro del agua

Toda flor de loto será cultivada
en agua tibia y tranquila
las corrientes pueden secar la raíz
al ser demasiado largas
debe siempre verse la forma
de que no toquen nunca el hielo
ni las abrase lo intenso

Luego de cosechada será vendida
preferiblemente a su mejor postor
que a su vez la comercializará
a gran escala

Con la flor de loto se puede
hacer de todo

Los corazones de loto se cocinan
su sabor agrio sirve para té
sopa y arroz
arreglando los intestinos
más inquietos

Los pétalos del loto
son el mejor preparado de belleza
la piel, el pelo, los dientes
todo puede ser mejorado
con la esencia de la flor
el aceite y las cremas
es perseguido por las damas
además de virilizar
el miembro de su amado

Las raíces de loto
cortadas como si fueran
rueda de carreta
tienen forma de tajada de limón
seca y sin semillas
fritas son las delicias
de toda mesa que se respete
en los más asiáticos confines

Las semillas de loto
cumplen con la tarea de empezar
otra vez este largo proceso
si antes no son sacadas
del corazón de la flor
a escondidas y para contrabandos
medicinales varios
por lo que acaban
en tazas de belleza delicada
como tisanas que (según los chinos)
pueden ‘aclarar el calor’
en épocas difíciles
a ciertas señoras
las mismas que no piden ya
ungüentos para el miembro
de su amado
ni calma para sus intestinos
ni tersura para la piel
ni dulzura para los cabellos
solo un poco de compostura
para que las corrientes
no lleguen a la raíz y sequen
de golpe el corazón
ya agridulce
porque del loto han aprendido
a florecer cuando ya nadie
les espera, tibias aún
y hasta dos veces al año

Inter (yo)

La distancia que va de cuerpo a cuerpo
Es tan grande como la que hay de alma a alma
(*Altazor*, VICENTE HUIDOBRO)

Y no tengo más cuerpo que el ajeno
y me bulle la sangre de otra criatura

qué hago con este árbol torcido
en medio de mí mismo que no sea
verle crecer sin erguirse
echar raíces
penetrarme en el alma
envenenada

ve cómo dentro soy gónada
y también matriz
una de las dos
ha de devorar a la otra
una sol y otra oscuridad
sin vida
fagocitad(a)(o)s libran
un combate
por la muerte
que engendrará
un ángel
sin sexo

In(her)to

Córtalo, así no se separe,
pónlo en su lugar para que no confunda
este dolor tan hondo, que no puedo expresar.
LI YÜ

En el verano aquel del útero
solía succionar mi propia
lengua enroscada
todo era seguro y cálido
a veces quemaba
tanta madre soñando
mi duplicación
en ella misma

cuando me vio salir de allí
con la lengua en anillos
supo que era la serpiente
blanca de la leyenda
china
con el apéndice
construyeron el túnel
como si ya inerte
pudiera algo recibir la raíz
de mandrágora

antes hubo
dolor y mucha lengua
enroscada para no sentir
el frío del cristal
que dio forma
a su máter
sueño

Reina María Rodríguez

(La Habana, 1952)

Morir dos veces

En alguna parte de la vecindad, alguien tocaba el piano...

Hoy ha muerto un piano.
El piano. Mi piano.
Le cayeron a golpes.
Lo asesinaron
porque tenía comején.
Su corazón estaba pudriéndose
como el mío, exactamente igual.
Sus cuerdas estallaron, abajo.
Sin sonidos, sin pasión.
Y no pude ver al bajar,
en qué funda envolvieron los restos,
su teclado amarillo, el alma.

Me fui al mar
culpable por no haberlo defendido
en su agonía.
Culpable por dejarlo morir dos veces.
La primera, cuando dejé de tocarlo hace años.

Así murieron dos veces mi padre y mi hermano
que compartían conmigo la butaca de caoba tallada
cuando tocábamos a cuatro manos, "Para Elisa"
y el gato Musso se acostaba encima,
en la tardecita
para vernos tocar.

La pared ahora solo puede ser una pared sin música
con una huella indiferente al centro
(otra mancha)
donde pondrán una tabla con flores para sustituirlo.
El cementerio del piano, su tumba.
Siempre tendrá desniveles, aunque pretendan emparejarla.
Ni siquiera habrá un gato rondando por allí su cabeza
amarilla.

II

Tocaba unos acordes en el pequeño piano de juguete
 sin imaginarme
 que mi piano Boston sería masacrado poco después.
 Para ellos, era solo un mueble más con comején,
 para mí, la música.
 Dolor de eso que llaman cultura
 tan exterior a tener o no tener un piano,
 un pasado.

Con sus notas enamoré al vecino
 cuando él cerraba la ventana.
 Con sus bemoles me reconciliaba
 ante todo imposible.
 Blusa de cuadros negros y dorados
 como las teclas de nácar
 envejecidas
 rígidas.

Siento el olor de la madera
 subir desde el basurero donde lo echaron
 a reclamarme otro fin.
 Siento el vestido congelándose en la espalda
 ahuecada
 ante el vacío del espacio dejado.
 Fascismo de estos jóvenes que no saben
 amar el lenguaje.
 No saben que el búcaro era de bacarat por su sonido
 cuando se balanceaba sobre él con flores
 que no eran plásticas.

Angustia de los martinetes apretándose más por sobrevivir
 contra tal avalancha: ojitos vigilantes, de niños.
 Irreverencia. Horror.

Yo le quería enseñar a mi nieto una octava
 (esa escalera abstracta que no subiré más con él
 desentonando un do, un sí,
 por la arbitraria escalera del piano)
 —la que siempre encontrábamos
 abierta hasta la casa de Josefita,

la maestra de Laguna y San Lázaro—
para que me aconsejara, pero ella tampoco
podía salvarlo ya.

Si mi hermano tenía que volver a morir con la muerte del piano
sin acordes, a machetazos limpios
como es todo aquí
¿cómo resistir por dos veces tal sacrilegio
o esperar un milagro?
¿La resurrección del piano, un sonido?

III

Después del llanto vino una serenidad espectral
de actores que pierden un maquillaje
que se descorre con la lluvia.
El maquillaje es el dolor, la lluvia va borrándolo,
descorriéndolo
y aparece otro rostro, no más real, sino más lúcido.
“No tenemos piano, tenemos lluvia”.
“No tenemos dinero, tenemos lluvia”, decía él gritando.
Subí para ver las trazas
—polvo de comején en los escalones mojados
blancos, fríos, duros,
de una octava moribunda
recalcitrante
donde pedazos de madera sobreviviente aún
gemían.

Anécdotas que quedarán
sobre la muerte del piano
sin acta de defunción
a mano de vándalos.
Mi frustración es que no supe salvarlo.
No supe conmoverlos, perdonarlos.
Verlo subir por la roldana en pleno precipicio a los ocho años,
verlo morir arrastrado casi cincuenta años después
escaleras abajo.

Recé y recé contra el muro del mar
—el agua apenas salpicaba melodías:
ejercicios de Czerny

difíciles de reconstruir
 claudicando
 ante dramas ordinarios que se irían con la artritis.
 Fugas de Bach
 desaparecidas entre una ola y otra,
 reventadas contra el muro
 “salándose”.
 “Lago de cómo”, “Habanera tú”,
 “Por ahí viene el chino”...
 El piano que vivía conmigo ya no está.
 Como no está marcada la diferencia en la pared
 entre tener o no tener un piano.
 La diferencia entre oír o no oír una nota,
 tener o no tener un destino.

¿Con qué ojos miraba Miles Davis desconcertado
 aquel asesinato?
 ¿Cómo le dejaron presenciar una cosa así?
 Ninguna respuesta me podrá consolar.
 ¿A quién acudir contra esta barbarie que se llama
 sociedad?
 “Ni locos ni sentimentales
 —dice Ford Madox Ford—
 solo cuerdos mediocres”
 que resisten la ansiedad y no revientan
 como cada una de sus cuerdas
 sofocadas ayer
 en silencio
 sin vibrar más.

¿Cómo enterrar un piano, una vergüenza?
 Aprecio cada vez más a los bárbaros, ellos
 no jugaron a la mentida civilización tantas veces.
 Ni siquiera habrá un piano.

Néstor Díaz de Villegas

(Cumanayagua, 1956)

Poemas perdidos

Estaban en cajas que dejé en casa de alguien que padecía de sida.
No fue un sueño. Pero ahora parecían sueños en la distancia
infecunda. Fragmentos de un libreto que no llegó a estrenarse.
Los dejé en sus manos de uñas mordidas.
Sus ojos ardían con el fuego de crematorios. En el
horno cercano calentamos las pipas del opio de los pueblos.
Chupamos. Entre toses, le dije: “Quédate...”. No completé la frase
“...con ellos hasta que yo vuelva”.

Regresé a los diez años. Un viejo pederasta abrió la puerta
calcinada por un incendio. Te vi, por encima de su hombro,
y vi los cráteres del sarcoma como
planetas rojos que velaran tu forma. Me miraste con odio.
Como el ciervo mira al crematorio. Nadie tiene derecho a asomarse
al lugar donde alguien arde. Arde en deseos de aspirar la ponzoña.
Todo se había cumplido. Aguardabas la muerte como el que espera
que pase una ventolera. El viejo en el umbral. Las paredes quemadas.
Los estantes, mansiones de tinieblas. El trono de Satán donde callabas.

Cubierto de úlceras, te asomaste a la puerta.
En calzoncillos, por detrás del hombro del viejo, para mirarme.
La botella de vodka en el puño, para arrojarme. Los poemas perdidos
se habían hecho carne.

The sacred dildos

For all the happy days we paid with an eternity of pustules
The first one sprouted as you kissed me in the mouth
A brown-sugared monstrosity that spelled death like a wart
We were all ever closer to the original impasse.

The tears dislodged and fell like spittle from a trumpet
We said goodbye and never did I turn or regret
Over the counter bottles of golden pills from a God
Who spared me and dumped your bones in the first abattoir.

A holocaust survivor, I wandered the Earth on sheepback
Looking for you in the pools and the liquid recesses
Looking for you in the dildos and the tumorous sexes
Those who survive can see only their on reflexes.

O Death, only reflexes! Are you dead? Is there more?
I wandered like a ghost searching for love in hospitals
O, the deeds of that mother who fistsfucks his own soul
And makes war in the bowels, and digs soot from the gall!

Los consoladores sagrados

Por todos los días felices pagamos con una eternidad de pústulas
La primera germinó mientras me besabas en la boca
Una monstruosidad color azúcar que delectaba la muerte como una verruga
Todos estábamos más cerca del *impasse* original.

Las lágrimas arrancadas cayeron como la saliva de una trompeta
Dijimos adiós y nunca me volví o me lamenté
Sobre el mostrador botellas de píldoras doradas de un dios
Que me salvaba y arrojaba tus huesos en el primer matadero.

Sobreviviente de un holocausto, recorrí la tierra a lomo de oveja
Buscándote en los charcos y los rincones húmedos
En los consoladores y en los sexos tumorales
Los que sobreviven solo pueden ver su propio reflejo.

¡Oh, muerte, solo reflejos! ¿Estáis muertos? ¿Hay más?
Vagué como una sombra buscando amor en los hospitales
¡Oh, las acciones de ese cabrón que singa con el puño a su propia alma
y hace la guerra en las tripas y saca hollín de la hiel!

Ronel González (Cacocum, 1971)

Nocturno y herejía

La primera vez que alguien dijo la palabra Demajagua fue mi padre y hubo un remolino dilatado en el potrero donde pastaban los caballos.

Yo no entendía Demajagua/ pero sabía muy bien qué cosa era un caballo piafante en el potrero porque en la madrugada los oía escapar/ padre machete al cinto y caballo sin freno/ hacia las tierras de labranza.

Antes de saber la mentira de las fugas/ mi madre celebró más de una vez las ruedas dentadas de un ingenio y de un hombre que caminaba/ incluso de espaldas/ hacia la luz.

Historias que llamaba verdades grandes y sonoras.

Lo de la luz se me representaba en los candiles que hacían menos calamitosa la noche entre el ceibo y la guásima/ previo al señor del radio anunciando Nocturno y la abuela loca que insistía en dormir.

Yo en realidad muy poco supe de esa abuela que ocultaban del barrio donde se murmuraba su fuga de unas cárceles llamadas Mazorra/ aunque sí podía imaginar ruedas de ingenio por las carretas traqueteantes en las mañanas frente al rancho.

Hasta que no hubo abuela ni nadie para provocar remolinos en los potreros perdidos del paisaje.

En mi casa/ rancho recostado al radio de *Nocturno*/siempre era de noche/ se decían verdades grandes y sonoras/ y más de una vez me pareció escuchar a un hombre/ caminando hacia la luz

inclusive de espaldas.

Pinos de Baire

Nadie imagina el brutal nerviosismo de los cuerpos en lidia.

Aquí se cernió la maniobra como aguacero lúgubre/ aquí los desarraigados embistieron con machetes frenéticos.

Las mujeres violadas apenas avanzaban/ desnudas/ por el camino real para escarmiento de manigüeras huestes/ niños removían la mugre tras esquivarlas de pan.

Días después de la refriega aún sobraban los cadáveres y se escuchaba merodear a un perro jíbaro.

Preguntas si ha resistido la erosión el seto de manigua y rostros atestados de muescas desvían la mirada semejante al riacho que tuerce de un rebote su curso entre las lomas.

Arguyen el abandono de la punta de monte/ la extremaunción del pinar que se va en solfa y cómo los escenarios arrasados tienen ese raro fulgor de puesta en escena

enmascarada por demencial película de polvo.

La misma soledad I

Soy el capitán Antonio Borrego Aguilera/ oficial de Vicente García/ estoy a escasas leguas de San Miguel del Rompe/ voy malherido y débil después de dos días ocultándome.

Salí a forrajear con otros dos y fuimos sorprendidos por una avanzadilla enemiga. Nos hicieron fuego desde la maleza y creo que soy el único con vida.

Por la abundante pérdida de sangre tuve que abandonar los sacos de viandas en el campo. Los cuerpos de mis acompañantes quedaron a la buena de Dios/ en una hondonada a la intemperie.

Logré arrastrarme sobre las piedras/ entre los bejucos/ hasta llegar al tronco de la ceiba donde ahora estoy parapetado.

Como no puedo determinar con exactitud el sitio en que me encuentro/ supongo que a doscientos pies/ aproximadamente/ están los referidos bultos y los cuerpos/ para los que solicito cristiana sepultura.

Favor entregar este diario al general/ haciéndole saber de nuestra resistencia ante un ejército mejor pertrechado y superior en número/ como prueba de lealtad y devoción por [frase ininteligible en el original].¹

Destilería rústica

Quince garrafas de aguardiente/ treinta botellas de licor de jagua/ cinco tinajas de vino de naranja y piña de ratón/ dos onzas per cápita de licor obtenido por vías rudimentarias a partir de semillas/ hierbas y frutas.

Abundante chicha para tonificar huesos y estómago/ garapiña contra el desfallecimiento/ aguamona/ agua meliflua más aguardiente más raíz de jengibre para suplir habitual ausencia de desayuno/ sambumbia para recobrar ímpetu después de entrecortada noche sobre raíces del jagüey y rasguños en el rostro por inclementes gajos de la zarza.

Ponche mambí/ Canchánchara y saoco que el coronel reparte antes de la disputa cuerpo a cuerpo/ para que el enemigo no se huela el miedo a la fusilería y aviente el mito de un guerrero en harapos con diabólicos ojos inyectados en sangre/ emboscado detrás de cualquier piedra o árbol del monte.

Alcohol silvestre/ ordinario brebaje/ ron peleón ingerido en las sombras para que no llegue a oídos del General Maceo o de los insufribles de la Cámara.

Con el vientre sangrante y el brazo desencajado que chorrea ¿quién no pide con desesperación un piadoso tiro en la cabeza o suplica uno/ dos/ tres/ cuatro cubalibres/ antes de dejarse rodar por el nudoso tronco de la guásima?

Padecimiento crónico

El general José Maceo padecía de ciática.

Un gesto brusco/ cargar una caja de balas/ conducir un animal para desjarretarlo le provocaban crisis.

Montar a caballo significaba un dolor infinito.

Cuando le comenzaba el cosquilleo de la pierna derecha que le dejaba rígido el calcañar y el músculo/ ya el general sabía que se acercaba uno de los sufrimientos más horribles que pueden soportarse.

Y había que ir al combate/ había que ir al frente de una tropa para que los demás no se dieran a la fuga/ repartir machetazos a izquierda y a derecha sin quejarse porque el enemigo hacía lo mismo o disparaba y había que demostrarle que nada era más importante que la tierra de uno.

El dolor lo volvía todo más difícil y a veces después de una carga al machete donde no había recibido ni un rasguño/ se quedaba literalmente inválido durante varios días/ meses incluso. Desde la Guerra Grande sus dolores lo habían hecho famoso.

Pocas veces lo apartaron del campo de batalla donde españoles y cubanos elogiaban su valor y su sentido táctico.

Mientras más le dolían las piernas y la espalda más dolores de cabeza padecía el enemigo.

El dolor se le había convertido en un arma secreta/ un arma tan mortífera como el Collins/ el paraguayo/ el calabozo/ hasta que vino el desembarco en la goleta Honor junto a su hermano en que/ para sortear una emboscada/ debió arrojarse de una loma.

Ocho días esquivando a una guerrilla intrépida que no le perdía el rastro/ comiendo yerba/ caracoles/ y bebiendo el rocío de los árboles.

Aislado entre los montes/ el general José Maceo/ de la estirpe más alta de guerreros/ en ulterior combate recibió un balazo en la pierna de los dolores crónicos y hubo que dispararle a la cabeza para poder derribarlo del caballo.

Los dolores de ciática y el hambre no amilanaron al patriota que vivió algo que han comparado con la *Odisea* de Homero.

Cuestión de principios

A José Policarpo Pineda/ conocido por Rustán/ oficial de Guantánamo/ tenían que amarrarlo al caballo para entrar al combate.

Las heridas de guerra lo habían dejado inválido. Murió accidentalmente después que su cabalgadura cayó por un abismo. Al cadáver hubo que cerrarle los ojos a la fuerza.

A Henry M. Reeve/ oficial mambí procedente de los Estados Unidos de América/ conocido como el Inglesito/ había que amarrarlo al caballo antes de ir al combate.

Las múltiples heridas no le permitían mantenerse erguido. Murió en Yaguaramas/ después de ser derribado de su cabalgadura.

Para no caer prisionero se disparó en la sien/ sin dejar de mirar de frente a la infantería española.

En vez de las piernas mutiladas de los hombres valientes/ a cuántos cobardes tendrían que haberles atado el espíritu al cuerpo para que no fueran a presentarse al enemigo.

Soldado del EL/ Edron RC Narciso López de Las Villas/ 1896

Hay días en que en el campamento mambí no hay absolutamente nada que llevarse a la boca.

Como no estamos cerca de cañaverales no hay guarapo/ raspadura/ ni una esmirriada caña que pelar.

Falta el platanillo que remeda el café/ han desaparecido las anguilas y aspirar a una fruta es algo iluso en sabanas de guao y yerba de guinea.

Como tenemos órdenes de no hacer fuego por la proximidad de las avanzadillas españolas ayer sobreviví a base de corojos.

Dan ganas de agarrar un cañón de cuero/ una espingarda/ una escopeta bocúa o robarme un machete y no ir a desbaratar la Trocha de Júcaro a Morón sino de atravesar el monte como los esclavos cimarrones y fugarme para inventar salcochos o asar jutías/ si es que han quedado algunas

en el palenque.

Miedo al negro

Por el color de su piel/ Antonio Maceo/ jamás hubiera sido Presidente de la República en Armas ni hubiera podido tener un desenlace de un matiz diferente.

El miedo al negro/ ladrón desaforado y sanguinario/ con puyas de jiquí como cuchillos/ varas de cuaba y yaya como lanzas o fisgas/ individuo salvaje procedente de belicosas tribus/ aspaviento legítimo en la época cuando la codicia del negrero español inundaba la isla de africanos.

había calado tanto en la sociedad decimonónica/ que pensar en Maceo como supremo jefe era un designio utópico.

Su color devaluaba su grandeza/ infundía temor en quienes sospechaban una negra república guiada por el Titán y sus adeptos.

Incluso cuando cayó en la escaramuza sin brillo de Punta Brava/ *The New York Herald* vertió con desvergüenza la falta de color en su caída y el diario parisino *La Republique Cubaine* introdujo el falso tema de la traición negra de su ayudante/ el doctor Máximo Zertucha.

Por el color de su piel/ el lugarteniente general del Ejército Libertador/ José Antonio de la Caridad Maceo Grajales/ solo podía aspirar a la ausencia de luz visible que es el negro.

La verdadera luz le sobra.

Estado de excepción

Los españoles decían que no/ pero arrojaban los cuerpos de los mambises en fosas comunes o ni siquiera se molestaban en recogerlos después de la batalla.

Los mambises intentaban no actuar de modo semejante/ pero al final sepultaban los cuerpos de los españoles en fosas comunes o no perdían tiempo en el asunto.

De acuerdo con la bandera ondeante en el epílogo/ la diferencia entre los bandos la decretaban los diaristas/ redactores de documentos/reporteros circunstanciales y poetas de poca monta.

La guerra impone sus designios.

El héroe y la pelota

José Martí odiaba el béisbol.

Cansado de ver jugar en neoyorquinas universidades/ solares y terrenos/ decía que era juego desgraciado y monótono que perturba el juicio/ quizá por las apuestas que sabía en torno al espectáculo/ su escasa comprensión de este deporte o su carencia de aptitudes para desempeñarse como *player*.

Otros asuntos eran su intelectual servicio y su obsesión ineludible con la guerra. Precisamente del conflicto cubano y sus fulgurantes narraciones se desliza una anécdota/ que los expertos no han verificado por la inexistencia de fuentes fidedignas/ de que en la trayectoria entre Playitas de Cajobabo y Boca de Dos Ríos/ algún día de ocio se involucró el Apóstol en juego “de manigua” donde/ penosamente/ no pudo lucir bien.

Casi no lo imagino con un leño en la mano o siguiendo un batazo entre palmas y ceibos. Apenas lo diviso dando instrucciones al lanzador Soler/ adolescente de poco más de quince/ haciendo desesperadas señas a Graciano para que se corriera a la derecha en el jardín izquierdo o conferenciando con Ezequiel Morales/ el fornido joven de dieciocho años/ para sorprender con un toque de bola.

No tengo la más mínima idea de cómo asumiría la derrota frente al Generalísimo. Supongo que el desenlace fue muy embarazoso o lo hizo sentir disminuido porque no dejó notas en su diario. Tampoco Gómez dijo nada al respecto.

Evidentemente Martí odiaba el béisbol.

Yo/ que en mi niñez quise ser pelotero/ aun sabiendo con anticipación que lo derrotarían/ hubiera sido de su equipo

siempre.

El azar concurrente

Cuando Rubén Darío supo que el Apóstol de Cuba/ el poeta José Martí/ había caído en combate en Boca de Dos Ríos/ el domingo 19 de mayo de 1895/ frente a las tropas del coronel español José Ximénez de Sandoval/ cuentan que dijo:

¿Qué hiciste/ Maestro? y le escribió un poema que quién sabrá por qué no se conserva.

Cuando Rubén Darío/ anegado en alcohol e inmejorables textos/ cayó en fiero combate frente al ejército del dolor sin nombre/ el domingo 6 de febrero de 1916/ en el departamento de León/ el poeta cubano Mariano Brull dijo:

¿Qué hiciste/ Maestro? y en una velada literaria le dedicó el mejor poema de *La casa del silencio*.

Desde la sombra eterna los poetas siguen escribiendo el Poema Infinito.

¹ Real Academia de la Historia de Madrid/ Colecciones Caballeros de Rodas y Guerrillas de Ultramar/ Legajo 10/ Folio 325.

José Alberto Velázquez

(Las Tunas, 1978)

Chatarra

Mis compañeros (y compañeras) bocarriba son costillares góticos y manos pintadas por Dalí y mandíbulas por Modigliani o Gattorno de gente goyesca despedazada por el alcohol, con el inevitable barniz ceniza en el nacimiento del pelo, los dedos tocando la guitarra invisible del maestro Parkinson y la cara, sucia como pies de pescador, del plomo que la leche o las hojas de calabaza no logran neutralizar en los brebajes derivados del alcohol de tienda que a diario toman, los únicos asequibles, pero tampoco baratos (el alcohol de la bodega, a trasmano, diez pesos la botella de setecientos cincuenta mililitros. Luego se pide o roba la leche, un limón, un trapo, a bebeeeer). Semanas sin alimentarse aturdiéndose unos a otros con sus títulos universitarios, sus publicaciones, su participación en guerras, lo importantes que fueron y que pueden volver a ser si lo desearan, no quieren, aquí se está mejor, aquí, en la casa sin puertas (las han vendido), sentados en la tierra (vendieron las sillas, los mosaicos), sin nadie que moleste (cliché inevitable: la esposa se fue con un chofer, un buen hombre, un hijo de puta). Cada cierto tiempo se revienta una úlcera o se necrosa gran parte del hígado o se laceran las tripas y hay que abrirlos en canal y ahí aprovechamos a tomar sopita, a descansar un poco, hasta que no resistimos más el síndrome de abstinencia (las señas se niegan a darnos un poquitico así de ese sabroso desinfectante en que mojan algodones para torturarnos), siquiátras pajizos nos trabajan para que lloremos y les prometamos sumarnos a la campaña antivectorial anti *Aedes aegyptus*, inos venderán uniforme!, imanejaremos una mochila de propulsión a chorro!, inos darán limonada los amables residentes de la ciudad y barrios aledaños!, y alguna muchacha, inadie sabe! Alejarnos de la mala vida, la adolescencia retardada cuya manifestación primordial es la rebeldía sin causa, ¿a quién le hacemos daño? A nosotros mismos. Y a nuestra madrecita que teje una media en la ventana, el plato de arroz y huevos fritos sobre la mesa, esperando a la luz de la vela que el hijo regrese. (Ya murió esa bruja manipuladora). Se lo prometemos, doctor. Se van felices comemierdas ignorando que mentimos y que esa sobriedad que él postula ya fue nuestro pan (demonium) y que es peor que la peor de las borracheras, peor que tres kilómetros de informes y mil millas de consejillos; peor que golpear

a tu hija porque llora; peor que el arroz con huevos fritos y que el tabaco verde; peor que empujar al niño de tres años que se subió al escaparate obsesionado con la tableta electrónica —cayó primero empujada por la torpeza del niño, Qué fue eso, ah so maricón vejigo asqueroso, la rompiste, coge lo tuyo. Peor que el alcohol de madera, ese fantasma querido.

Las mujeres son peores. Nunca se callan. Nunca dejan de mencionar miembros masculinos grandes y dolorosos, Rico papi, ellas sí saben qué hacer con una estaca de verdad y no estas tortilleritas de hoy, uñas postizas, perfumitos, que no singan y cuando lo hacen es por dinero. “Esa es la madre de Chatarra”, me dice el de al lado, como si yo estuviera despierto y el tal Chatarra fuera una estrella del pop.

“Le da pabellón al hijo”. Algunos no pueden hablar. Parecen hidras con tubos saliéndole de la boca, la nariz, el vientre. O le han practicado traqueotomías y dudan si podrán ahorcarse o no, el aire va hasta sus pulmones por el agujero en donde una vez (ayer) estuvo la nuez de Adán o el talón de Aquiles o las trompas de Eustaquio. Quedarán colgados en la guásima hasta que su cuerpo encartonado se disuelva en el aire, cuestión de siglos.

Otros gritan que vieron una cucaracha y la enfermera (oh Dios) se apresura a explicarle cómo proceden los delirios pos-alcohólicos. Habla dulcemente mirándolo a los ojos rascándose un pezón abriendo una caja niquelada hundiendo la aguja de la jeringa en el suero, empuja, Entiendes mi amor, y sin cambiar la vista revienta la cucaracha imaginaria y sin saberlo ejecuta un paso de baile, un movimiento extractor de semen, un giro delicado que provoca hoyuelos en sus muslos descubiertos por unas medias que simulan redes en las que quedara inmóvil la más jugosa de las sirenas: ella.

Yo estoy dormido. Un sueño que me permite verlo y oírlo todo. El blúmer de la enfermera es a rayas, muy elástico, hace sobresalir los muslos y las nalgas y ciñe un sexo que presupongo adorable y muy visitado. Este tipo de ropa interior tan “interactivo” debe mantener excitadas a sus dueñas. La enfermera sabe que estoy dormido. Fustiga con el índice la manguera de mi suero, estudia mi cuerpo (un cuerpo hermoso de cuarentidós años) y se va. Resbala sicalíptica por el pasillo. Sin detenerse le grita a alguien Voy un momentico a Quemados.

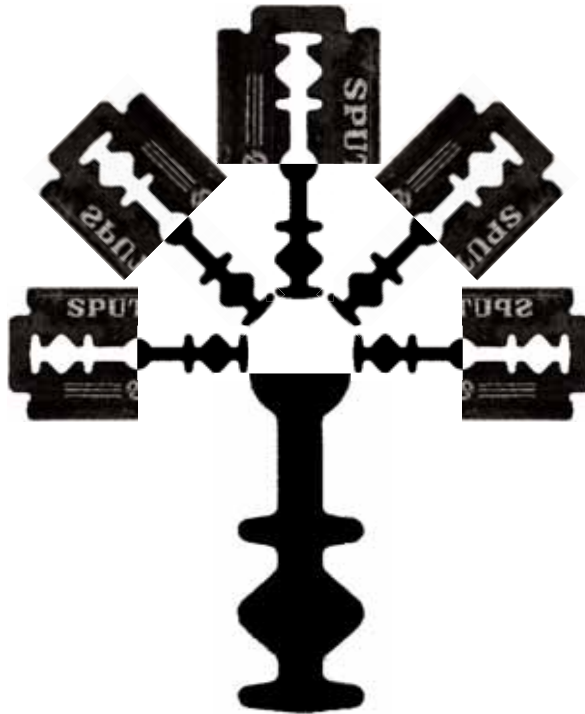
Sé a lo que va.

Tengo una erección.

Estoy en un hospital. Los borrachos sobrios discuten sobre el difereando *La escasez nacional de leche/ y la clara de huevo o borra de café para colar alcohol*. Las borrachas piden una pinga a gritos, una más bien enorme, como la calzada de Jesús del Monte. “Un cangre de yuca”.

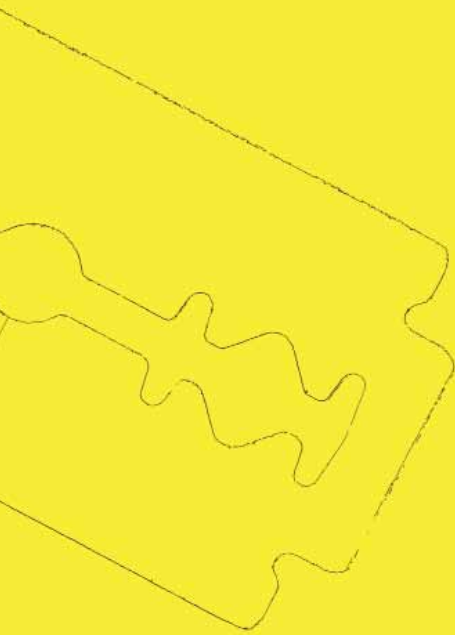
En un buró metálico a mi cabecera resplandece la Biblia. Más abajo, menos resplandecientes, más escandalosos, semejantes a no sé qué cosa, cuelgan los periódicos del día. Enfoco el más azul y competente de mis ojos y leo antes de rendirme:

Se puso en medio del camino. Segura, elegante, seductora, ochentista del xx. Pero estábamos en el xxi. Ni el licenciado Julio, ni el Ingeniero Juan (es decir, nosotros) íbamos a parar nuestros caballos por una vieja fea, equivocada y ridícula, un personaje de *Sol de batey*. Entonces pasó lo que pasó. Y cuando llegamos al río, lavamos las herraduras de nuestros hermosos caballos.



1. Máquina compuesta de
dos grandes ruedas
engranadas que

mediante cangilones
sube el agua de los
pozos y acequias.



2. Pozo de forma
comúnmente
ovalada

del cual se saca
agua con la
máquina.

3. Artilugio de feria
consistente en una
gran rueda

con asientos que
se desplazan
verticalmente.



ISSN 2077-8422